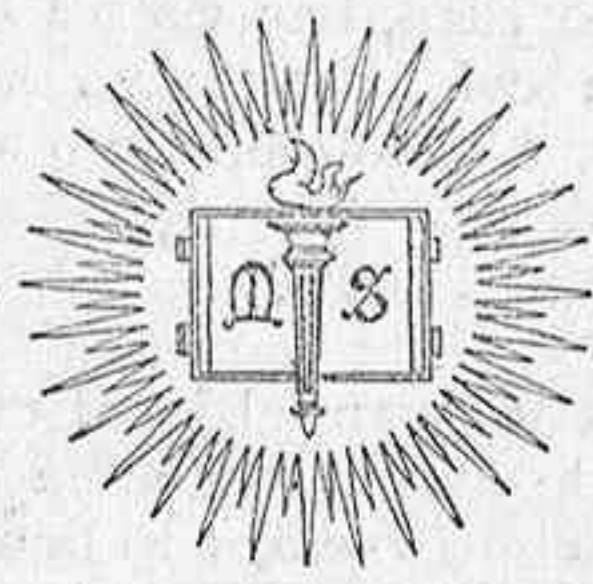


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXII

← BARCELONA 6 DE ABRIL DE 1903 →

NÚM. 1.110

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ, cuadro de Pedro Borrell





Texto. — *La vida contemporánea. Meditación*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *¡Sigámosle!*, narración de Enrique Sienkiewicz. — *La tiara de Saitapharnés*, por S. — *Nuestros grabados*. — *Noticias de teatros*.

Grabados. — *La Virgen al pie de la cruz*, cuadro de Pedro Borrell. — Ilustraciones de Jan Styka que ornamentan la narración de Enrique Sienkiewicz titulada *¡Sigámosle!* — *María Magdalena*, cuadro de Miguel Lambertin. — *Jesús en el sepulcro*, cuadro de Muñoz Degraín. — *Muerte de Jesús*, dibujo de Gustavo Doré. — *La pesca milagrosa*, cuadro de Crayer. — *La tiara de Saitapharnés*. — *Cristo muerto*, cuadro de J. J. Henner.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MEDITACIÓN

Los periódicos hablan mucho estos días de cierto hermano Juan, especie de santo penitente que en el Hospital general practica las mayores mortificaciones y realiza los actos de caridad más estupendos venciendo y pisoteando sus sentidos. Al leer esto creemos que se proyecta en el suelo la sombra de un edificio ojival, acabado de construir, y que por un camino erizado de peñascos y precipicios nos dirigimos, con la esclavina de conchas al hombro, á Compostela en peregrinación ó á Roma á ganar el Jubileo magno... No en balde estamos en Semana Santa, tiempo de meditación religiosa.

Para que nada falte á la leyenda del hermano Juan, nos enteran también los mismos periódicos de que su conversión fué originada por un rudo desengaño amoroso. La figura del penitente se poetiza y se agranda. No es un Sútayef, un mujik ignorante, tocado de la gracia divina, como la orza de barro es herida por el rayo de sol; es un espíritu culto, un San Pablo para quien el camino de Damasco estaba dentro de su propio corazón, en las honduras y repliegues del sentimiento... Una especie de *Don Alvaro* á la moderna.

* * *

Bien mirado, el número de contingencias, en la vida, es reducido; las combinaciones de este ajedrez están contadas y limitadas de antemano. Lo rico y variado es lo que luego se determina y produce en el plástico fondo del sentir. Descarnados, los hechos, poco ó nada significan. Que el golpe de un hecho caiga sobre un alma ó sobre otra, ¡cuán distintos los resultados, cuán diferentes las consecuencias! La desigualdad profunda es la desigualdad psíquica: refos de la de estaturas, colores y pelos, fortunas, clases y nombres.

El mismo desengaño del hermano Juan (si aceptamos la versión de los periódicos y damos ese origen á su conversión y vocación), ¿qué hubiese producido en otro hombre? Pasajera desazón, amarga risa, extremos de furor, tal vez actos de violencia, encenagamiento en la crápula..., lo previsto. En él, por ser él, tomó otra forma: la suya. En la hagiografía franciscana encontramos de estos casos: Jacopone de Todi, convertido á la locura de Cristo por el espectáculo del cuerpo inerte de la mujer amada. ¡La locura! ¡Cuánto y cuánto se presta á meditaciones esta palabra! El hermano Juan, según le describen los que le conocen (yo ni le he visto nunca ni tengo de él personales referencias), parece en ocasiones algo loco; pero es su demencia demencia de amor, y puede repetir, con el extático franciscano:

In fuoco amor mi mise...

No habiendo ya leproso (al menos en el Hospital general de Madrid, que en otras partes sí los hay), el hermano Juan prefiere y busca á los atacados de males no menos repugnantes; á los variolosos, por ejemplo. Suyo es el privilegio de limpiarles, de mudarles, de servirles la comida, de vestirse luego su ropa... Ved aquí la locura poética, calificada en este detalle. — No dicta la locura poética lo útil sólo: lo útil, cualquier enfermero bien adiestrado lo hará. Lo bello es lo superfluo, el lujo sentimental, la flor del espíritu. Para asistir correctamente á los variolosos no hace falta vestirse su ropa. Hay más: el vestírsela encierra peligro, y peligro sin necesidad arrostrado. Si llego á las últimas consecuencias de este razonamiento, diré que ni aun variolosos debe haber, dentro de la civilización que en primer término se precia de las conquistas de la higiene. Parece que ya en Alemania va siendo desconocida la

viruela. — Para el ansia de abnegación, para la exaltación del hermano Juan, de cierto es preferible que la viruela exista y haga estragos. El dolor humano, que será infinito aunque la ciencia seque algunos de sus manantiales, acaso no los más hondos, es un océano en que se complacen en sumergirse los que, como el hermano Juan, han visto á la luz de un relámpago la cifra del existir, y no la aceptan, sino transitoriamente, á condición de que se realice en la esfera de su ideal.

* * *

Para el hermano Juan, el ideal está en la fiebre de caridad que le abrasa. Su alma necesita llenar con algo el tremendo vacío, y lo llena así, de amor, de locura, de eso que se bebe en el vaso del Santo Grial, donde José de Arimatea recogió la preciosa Sangre. ¿Creéis que un hombre es más desdichado que otro porque habita en un zaquizamí, limpia á los variolosos, come de sus sobras? Error, el gran error de este siglo; el culto del goce material. — Si hay en algo verdadera alegría, dijo San Francisco, es en el desasimiento, en la serenidad interior, en la pobreza voluntaria. Es el *giubilo* franciscano, la alegría peculiar de los verdaderos Menores, el acorde de la cítara con que el ángel suspende y embelesa al solitario, tendido sobre su estera. ¿Que esto es para pocos? ¡Ya lo sé! Aun en el siglo XIII, escasos debieron de ser los que sintieron adentro, adentro, correr la fuente de puros cristales, florecer el maravilloso jardín.

Para pocos: y sin embargo, de tiempo en tiempo nos convencemos de que es para algunos. — No ha mucho murió un hidalgo, un señor rico y noble, que tenía familia y casa, toda la exterioridad de la altura social. Por dentro, era franciscano. No había pronunciado voto alguno; no llevaba hábito, ni cerquillo, ni escudo siquiera; pero allá en lo más escondido de su bien ahajada y cómoda mansión, existía un cuartito convertido en celda, un lecho-tarima, un asiento duro é incómodo, y sobre una mesilla humilde, una calavera... Y este hombre, en público, jamás dejó transparentarse su regla interior; la ocultó como hubiese ocultado un delito. A su alrededor sentía la nieve de la indiferencia y del descreimiento, la brutalidad de los apetitos desencadenados en tropel, la burla insípida, todo lo que acarrea la colectividad, para ahogar la afirmación del individuo; y en su celda se refugiaba y allí era donde vivía realmente, despierto del sueño confuso de su otra vida falsa, convencional, adaptada á las ajenas. También él podía exclamar, al cruzar los umbrales de su celda y encontrarse en el torbellino: «¡Mi yo! ¡Que me roban, que me arrebatan mi yo!»

* * *

Y el caso es que no deseo conocer al hermano Juan, que me ha sugerido todo lo que acabo de escribir, propio del santo tiempo en que nos encontramos. — Es posible, es hasta probable, que conocer á este y á cualquiera de los seres en quienes creemos que arde una chispa de la divina hoguera, nos robe esa partícula de luz. Verles en nosotros mismos, ¿no valdrá más? ¿Qué sería San Juan de la Cruz? ¿Qué Santa Teresa? ¿Qué San Francisco? Su presencia, ¿confirmaba ó destruía la especialísima irradiación de su voluntad inspirada? Debemos creer que sería lo primero, porque tales seres, ya huellan las praderas celestiales, ya tienen nimbo, ya están fuera y por cima de nuestra especie, entre piélagos de luz y raudales de armonía. Pero al que todavía pisa el fango de la tierra — como el hermano Juan, — más vale no tratar de conocerle, dejarle en su hornacina, respetar su ensueño; hasta se me figura que el rasgueo de las plumas sobre el papel puede alterar la serenidad interior á tanta costa adquirida. Las plumas, indiscretas, curiosas, exageradas, me producen, en esta clase de asuntos, el efecto de moscas, de negras moscas que dejan rastro negro. Si en efecto el hermano Juan ha recibido la visita del ángel; si en su alma se ha realizado eso que llamamos *conversión*, fenómeno mal estudiado y digno de tanto respeto, las «instantáneas» de la prensa, donde aparece al lado del autor del «crimen de ayer», son una especie de delito. Esas cosas no se retratan más que en tabla, sobre fondo de oro, con los pinceles de un Tadeo Gaddi ó de un Gicinta Pisano.

* * *

Bien mirado, sería inexplicable que no quedasen retoños y brotes de la vieja cepa de nuestro misticismo. No se arrancan con tanta facilidad las vastas raíces del cortado tronco. Llegaba muy á lo hondo; estaba muy nutrido con los jugos de nuestra tierra,

para que de vez en cuando no arroje un renuevo vivaz. Era una fuerza, una corriente, uno de nuestros modos de ser; forma de nuestro espíritu. Más que la aparición de individuos como el hermano Juan, me sorprende no haber encontrado, en toda mi vida, sino dos ó tres que se le asemejen, y en quienes no hallo señales ni rastros de humano interés, comprobando en cambio los signos característicos de la sublime locura. ¡Dos ó tres! Es poco. — Y sin embargo, ya recuerdo, y puede recordar todo el que cuente algunos años, tanta gente, tal serie de figuras que pasan, dejando una impresión de conjunto, un chispazo de luz ó un toque de sombra. — No vale forjarse ilusiones, no vale engrosar la lista con nombres dudosos. Dos ó tres... Lo indispensable para que no me parezca que el tronco se ha podrido completamente, perdiendo el último jugo vital.

* * *

Una de las tres almas que he conocido que me hayan recordado la Edad Media, era un alma de mujer. No quería entrar monja: acaso llegase á quererlo más adelante, cuando perdiese á su madrastra, enferma, á la cual asistía como asistían los ángeles, si hay ángeles enfermeros. Lo que sucedía á Laura — la llamaré así porque, aunque sus ojos se hayan cerrado para siempre, debe respetarse el pudor de su santidad hasta más allá de todo límite. — Laura tenía veinticuatro años cuando la conocí, y casi diría la adiviné; sus amigas no sospechaban todo lo que había debajo de aquel hábito del Carmen. No era muy rezadora, ni asistía á muchas funciones y solemnidades religiosas; no era triste; ostentaba, al contrario, esa alegría extraña y constante de ciertos bienaventurados de leyenda. ¿Latía algún recuerdo, algo dramático personal en la historia de Laura? Decían que su padre se había suicidado, pero era difícil comprobar la verdad de este hecho, pues sólo constaba su desaparición; una tarde salió de paseo, y jamás volvió, ni se tuvo de él la menor noticia. La madrastra y la hijastra quedaron solas, pobres, el empleo del padre era el único recurso de la familia; y cada vez que la madrastra sacaba la conversación dolorosa, formulaba la eterna interrogación al destino, Laura respondía apaciblemente:

— Déjelo usted... Eso, allá Dios.

Diez años duró la asistencia... y terminó, no por la muerte de la asistida, como pudiera creerse, sino por la de la enfermera. ¿La mató la fatiga? ¿Las privaciones minaron su organismo? ¿Secretó dolor consumó la obra de la naturaleza? No lo sé. La enferma, la madrastra, vivió todavía cuatro ó seis años más, encamada siempre, siempre anunciando que se acercaba su última hora..., y á Laura, en cambio, la vimos hasta la víspera del día postrero en pie, con su vaga sonrisa de estatuilla gótica que adorna un sepulcro, con la calma de su lisa frente, con la paz infinita de sus ojos oscuros, con la visible tensión de su voluntad hacia el blanco del sacrificio. Una mañana supimos que se le había roto dentro algo, no sé qué resorte de los que la vida tiene que hacer funcionar normalmente...

Al desnudarla para socorrerla se vió que llevaba cilicio de cuerda, pegado al cuerpo. Pero el cilicio del alma, ese, ya comprendía yo que no se lo quitaba nunca.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Las grandes reformas han devorado siempre á los que las han llevado á cabo.

F. DE PRESENSÉ.

Ni el sacerdote ni el soldado han de sentir las inquietudes de la duda.

ANATOLIO FRANCE.

La cobardía es el miedo consentido; el valor es el miedo dominado.

LEGOUVÉ.

Cuando la moral individual está en decadencia, la moral política baja en la misma proporción.

AGUSTIN FOLÓN.

Todo sueño realizado es un sueño que muere.

MELCHOR DE VOGUE.

Es más difícil detenerse en la pendiente de la arbitrariedad que en la de la libertad.

G. BOISSIER.

Cuanto más lógico es un espíritu falso, tanto más lejos va en el absurdo.

— La civilización moderna tiene medios maravillosos para suprimir el espacio entre los países, pero no los tiene para reducir la distancia que separa las razas.

G. M. VALTOUR.



¡Sigámosle!

NARRACION DE ENRIQUE SIENKIEWICZ. - ILUSTRACIONES DE JAN STYKA

I

Cayo Septimio Cinna, patricio romano, había pasado su juventud en medio de las legiones haciendo la vida ruda de los campamentos.

Después regresó á Roma para disfrutar allí de su gloria y del lujo y de la opulencia que le permitía sostener su fortuna cuantiosa, aunque ya muy mermada, entregándose en seguida á los placeres y saciándose de todo cuanto la ciudad maravillosa podía ofrecerle. Transcurrían sus noches entre orgías que

circó ó en las arenas de los gladiadores, entre las brujas de Tracia y las encantadoras bailarinas de las islas del Archipiélago.

El ilustre Lúculo era pariente suyo por parte de madre y de él había heredado Cinna la afición á los manjares exquisitos. En su mesa servíanse con profusión los vinos de Grecia, las ostras de Nápoles, los gordos saltamontes del Pouto confitados en miel de Numidia; de cuantas viandas raras había en Roma, ninguna podía faltar en ella, desde el pescado del mar Rojo, hasta la perdz blanca de las riberas del Borysthene.

De todos estos beneficios de la existencia gozaba, no como soldado glotón, sino á fuer de refinado patricio.

Había tratado de convencerse, y tal vez estaba realmente convencido, de que sentía gran pasión por las obras de arte, y se entusiasmaba con las estatuas descubiertas en las ruinas de Corinto, con las *epilychnias* (2) del Atica, con los jarros de Etruria ó importados de la brumosa región de los Seres, con los mosaicos romanos, con las telas del Eufrates, con los perfumes de Arabia, y, en una palabra, con todas las baratijas y bagatelas que llenaban el vacío de una vida patricia.

De todas estas cosas sabía Cinna discutir como inteligente con viejos desdentados que para sentarse á la mesa adornaban sus calvas con coronas de rosas y que, después del festín, mascaban pétalos de heliotropo para perfumar su aliento.

Sabía asimismo apreciar la belleza de un período de Cicerón y de un verso de Horacio ó de Ovidio, y educado por un retórico ateniense, hablaba con facilidad la lengua griega, recitaba de memoria cantos enteros de la *Ilíada* y con la copa en la mano podía declamar estrofas de Anacreonte hasta que de él se apoderaba la más completa embriaguez, seguida de un pesado sueño.

Gracias á su maestro y á otros retóricos, tenía igualmente nociones de filosofía bastantes para comprender la arquitectura de los edificios en otro tiempo erigidos á la inteligencia en la Hélade y en sus colonias; pero comprendía también que de todos aquellos edificios no quedaba ya más que un montón de ruinas.

Conocía personalmente á muchos estoicos, si bien les era hostil porque les consideraba más bien como un partido político que como ascetas que despreciaban los placeres de la vida. Los escépticos sentában-

se á menudo á su mesa, y entre plato y plato demolián muchos sistemas filosóficos, y levantando sus crateras llenas de vino, declaraban que el placer es cosa vana, que la verdad es irrealizable y que el fin perseguido por el sabio no puede ser más que el reposo, la inercia.

Cinna escuchaba todos estos discursos, pero les concedía escasa importancia; no profesaba ninguna opinión ni tenía el menor interés en profesar alguna; consideraba á Catón como personificación de una energía enorme unida á una enorme tontería, y en su concepto, la vida parecía al mar sobre el cual sopla un viento desordenado, consistiendo la única sabiduría del navegante en desplegar las velas de manera que el soplo del viento hiciera avanzar el barco.

Además, tenía en mucho sus anchas espaldas, su estómago sólido y su hermosa cabeza de perfil de águila y de fuertes mandíbulas, y estaba seguro de que, provisto de tales armas, podía serle fácil la existencia.

Sin pertenecer á la escuela de los escépticos, no dejaba de ser un escéptico en la vida y cirenaico al mismo tiempo, aun sabiendo que el placer no constituía todavía la felicidad.

Y como ignoraba la verdadera doctrina de Epicuro, figurábase ser un epicúreo.

En general, veía en la filosofía un ejercicio intelectual tan útil como el que practicaba bajo la dirección del *lanista*, y cuando se sentía fatigado de la conversación, íbase á ver correr sangre en el circo.

No creía en los dioses ni en la virtud, en la verdad ni en la dicha; creía solamente en la magia, tenía sus supersticiones y sentíase atraído por el misterio de las religiones orientales.

Era bondadoso con los esclavos, cuando el aburrimiento no le hacía ser cruel.

Comparaba la vida con un ánfora, que vale tanto más cuanto más precioso es el vino que contiene; por esto procuraba llenar la suya con lo mejor que encontraba.

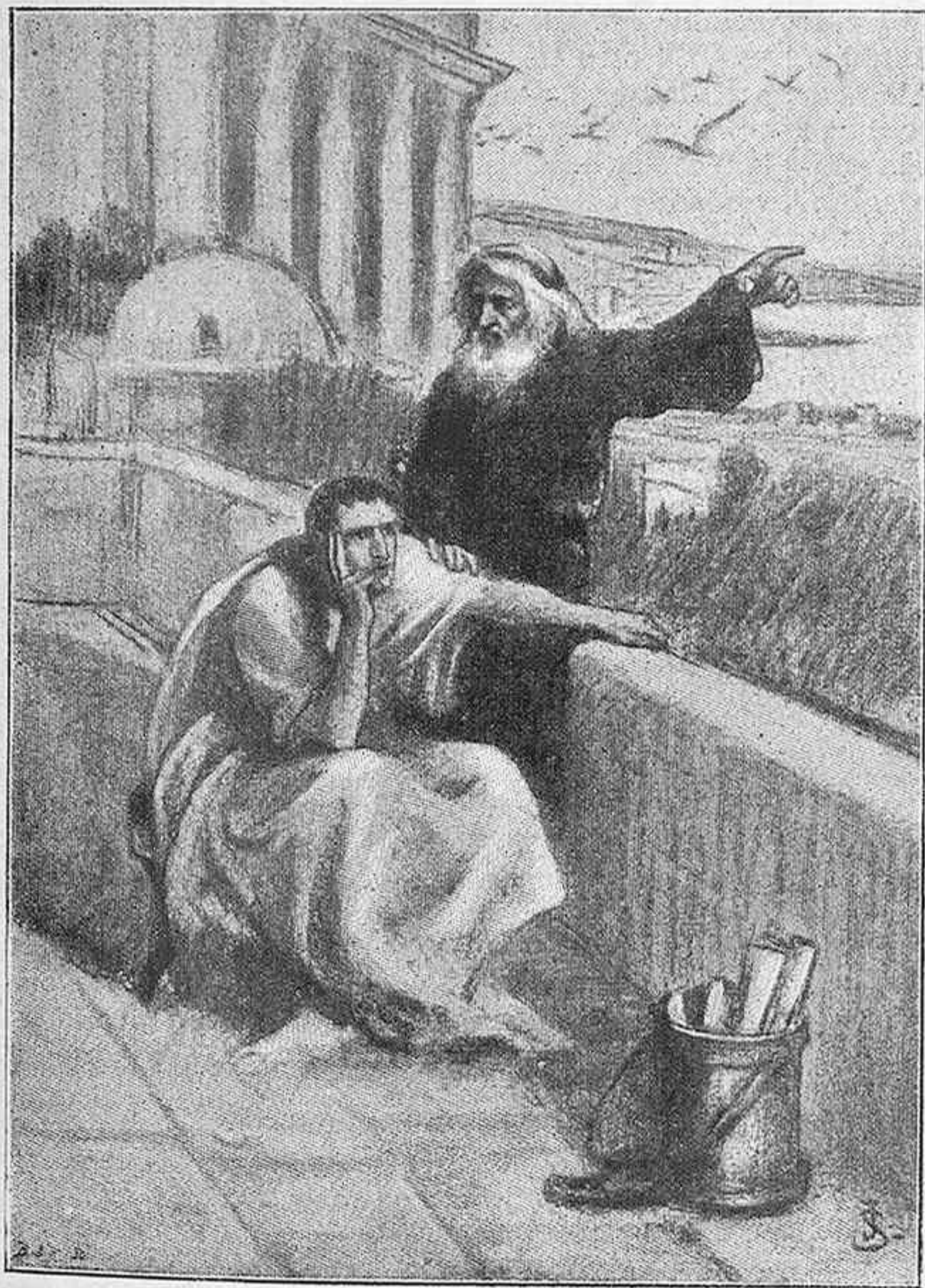
No amaba á nadie, aunque le gustaban muchas cosas, entre otras su propia cabeza de hermoso cráneo y la elegancia de su pie de patricio.

Durante los primeros años de su vida alegre, había complacido en asombrar á Roma con sus excentricidades, lo que había conseguido muchas veces; mas luego cansóse también de esto.

II

Fero vino la ruina.

Los bienes de Cinna habían pasado á manos de sus acreedores, y sólo le quedaban á él el cansancio



También las almas buscan el calor, que no es sino el Amor, y la luz, que no es otra cosa que la Verdad

celebraba en sus magníficas quintas de los suburbios, y sus días entre ejercicios con los *lanistas* (1) y conversaciones con los retóricos, en las termas, en donde se sostenían disertaciones de todo género y se contaban los chismes de la población, ó en el

(1) Los que compraban y formaban gladiadores para el circo.

(2) Lámparas.

que sucede á un trabajo abrumador, la saciedad y algo que todavía no había experimentado: una inquietud vaga, pero profunda.

Había gozado, sin embargo, plenamente de la riqueza y del amor, tal como entonces la sociedad lo entendía, de todos los lujos y de la gloria militar; había probado los peligros, habíase acercado más ó menos á los límites del humano pensamiento y había estado en contacto con la poesía y con el arte; por consiguiente, bien podía imaginarse haber sacado de la vida todo cuanto la vida puede dar de sí.

Esto no obstante, sentía la sensación de haber olvidado algo, y algo importante; pero ignoraba qué y en vano se atormentaba por averiguarlo.

Procuraba á menudo ahuyentar las ideas que le preocupaban, sacudir la inquietud que de él se apoderara y persuadirse de que no había ni podía haber nada en la otra vida; y sin embargo, su inquietud en vez de disminuir crecía hasta el punto de parecerle que su preocupación no le afectaba sólo á él, sino que se refería á Roma entera.

Al mismo tiempo envidiaba á los escépticos y les tenía por necios, porque afirmaban que el vacío puede llenarse perfectamente con nada.

Desde entonces, en Cinna parecían vivir dos hombres: uno asombrado de su inquietud, y otro que, á pesar suyo, encontraba esta inquietud de todo punto justificada.

Después de la pérdida de su fortuna y gracias á la influencia de parientes poderosos, fué nombrado gobernador de Alejandría y partió con la esperanza de rehacer su hacienda en aquella rica comarca.

Mas al embarcarse en Brindis, habíase embarcado con él su inquietud, la cual le acompañó durante todo su viaje al través de los mares.

Sus nuevas funciones, sus relaciones nuevas, una sociedad nueva y nuevas impresiones, debían, en su concepto, librarle de tan importuna compañera.

Se engañaba: pasó un mes y otro mes, y del mismo modo que el grano de Deméter llevado de Italia crece más lozano en el fértil suelo del Delta, la angustia de Cinna, como arbusto convertido en frondoso cedro, proyectó cada vez mayores sombras en su alma.

Al principio, quiso disipar su agitación llevando una existencia análoga á la que antes llevara en Roma.

Alejandría era una ciudad hermosa en la que abundaban las mujeres griegas de rojizos cabellos y tierna epidermis, á la que el sol de Egipto daba un tinte dorado de ámbar transparente; y Cinna buscó el olvido en brazos de aquellas mujeres.

Pero en cuanto hubo reconocido la vanidad de tal recurso, vióse perseguido por la idea del suicidio; muchos amigos suyos se habían librado por este medio de los cuidados de la vida y habían recurrido á él por razones más fútiles aún que las que á él le movían: unos por hastío, otros porque sentían el vacío de su existencia y otros porque les faltaba el deseo de gozar de las dichas terrenas. Bastaba para ello un esclavo que supiera empuñar por un instante el puñal con mano firme.

Este pensamiento se apoderó de Cinna, y disponíase ya á ponerlo por obra, cuando un sueño extraño le contuvo.

Atravesaba un río y en la orilla opuesta vió su inquietud personificada en un esclavo fatigado que saludándole le dijo:

«Me he adelantado á ti para salir á tu encuentro.»

Por vez primera tuvo miedo Cinna, comprendiendo que si no podía pensar en la existencia de ultratumba sin que en ella anduviera mezclada la Inquietud, ésta no dejaría de seguirle allí también.

Y como medida extrema, resolvió avistarse con los sabios que pululaban en Serapeum, esperando que entre ellos hallaría la solución del enigma.

Aquellos filósofos, sin embargo, no pudieron descubrirla; pero en cambio otorgaron á Cinna el título de *τοῦ μορμειοῦ*, que se concedía á los romanos de ilustre estirpe y elevada condición.

El consuelo era insignificante, y el título de sabio,

conferido á un hombre que no acertaba á definir lo que más le preocupaba, podía parecer irónico; pero Cinna pensaba que Serapeum no descubre de una

simpatizó con él hasta llegar á ser su íntimo amigo.

El joven romano estaba asombrado de la facilidad de dialéctica del viejo y de la elocuencia con que trataba del alto significado de la humanidad y del universo, y lo que más particularmente le impresionaba era ver que los profundos conceptos de Timón estaban impregnados de cierta tristeza.

Más adelante, cuando se estrecharon aún más sus relaciones, Cinna sintió grandes deseos de interrogar al anciano filósofo acerca de la causa de aquella melancolía y al mismo tiempo de abrirle su corazón.

No tardó en presentarse ocasión para ello.

III

Una tarde, después de una conversación animada sobre el camino que recorre el alma en las regiones extraterrestres, Cinna y Timón habíanse quedado solos en la terraza desde donde la vista se extendía por el mar.

El joven romano, cogiendo la mano al viejo, confesóle lo que constituía el mayor pesar de su vida y el motivo que le había impulsado á trabar amistad con los sabios y los filósofos de Serapeum.

— Cuando menos, dijo como final de sus explicaciones, he ganado en ello el placer de conocerte; y ahora sé que si tampoco tú puedes resolver el enigma de mi vida, nadie conseguirá descifrarlo.

Timón contempló largo rato las aguas que ante él se extendían y en las cuales se reflejaba la imagen de la luna, y luego dijo:

— Cinna, ¿has visto las emigraciones de las aves que en invierno llegan aquí procedentes de las tinieblas del Norte? ¿Sabes qué es lo que vienen á buscar en Egipto?

— ¡Ya lo creo! El calor y la luz.

— También las almas buscan el calor, que no es sino el Amor, y la luz, que no es otra cosa que la Verdad; pero el pájaro sabe adónde ha de volar para encontrar su dicha, al paso que las almas vuelan en lo desconocido, en medio de la tristeza y de la inquietud.

— ¿Y por qué no pueden hallar su camino, noble Timón?

— En otro tiempo, la fe en los dioses proporcionaba la tranquilidad; hoy, esta fe se ha consumido como el aceite del lampadario; después, se creyó que la filosofía brillaría para las almas como un sol de verdad; y actualmente, bien lo sabes, sobre las ruinas de la filosofía, lo mismo en Roma y en Atenas que aquí, están sentados los escépticos que piensan llevar la calma cuando no llevan más que la perplejidad. Porque apartarse de la luz y del calor es dejar al alma sumida en las tinieblas, y las tinieblas son la inquietud. De aquí que, con las manos extendidas, busquemos la salida á tientas...

— ¿De modo que tampoco tú la has encontrado?

— La he buscado, mas no he dado con ella. Tú la habías buscado en los placeres, yo en el pensamiento; y los dos nos vemos envueltos en la misma obscuridad. Sabe, pues, que no eres el único en sufrir y que en ti sufre el alma del universo... ¿Hace mucho tiempo, Cinna, que no crees en los dioses?

— En Roma se les honra públicamente y hasta se han introducido algunos nuevos, procedentes de Asia y de Egipto; pero los únicos que tal vez creen todavía sinceramente en ellos son los vendedores de legumbres que desde la campiña acuden por la mañana á la ciudad.

— Y estos son los únicos que gozan de reposo.

— Lo mismo que aquí los que se inclinan hasta el suelo saludando á los gatos y las cebollas.

— Lo mismo que aquellos que, á imitación de las bestias hartas, no aspiran más que á dormir después de haberse atiborrado de comida.

— Pues si es así, ¿vale la pena de vivir?

— ¿Sabemos acaso lo que la muerte nos reserva?

— Entonces, ¿qué diferencia hay entre tú y los escépticos?

— Los escépticos se acostumbran á las tinieblas ó fingen acostumbrarse á ellas, al paso que á mí las tinieblas me hacen sufrir.

— ¿Y no ves la salvación?



Antea decía á veces que en sueños se le aparecían seres hostiles envueltos en una luz maravillosa

vez su ciencia entera y no perdió aún del todo la esperanza.

De entre los filósofos de Alejandría el más activo era el noble Timón, ateniense, ciudadano romano, personaje respetable que vivía desde hacía muchos años en aquella ciudad, adonde fuera para estudiar la ciencia misteriosa de Egipto. Decíase que no había un pergamino ni un papiro en la biblioteca que no hubiese leído, y añádase que poseía toda la sabiduría humana. Además, era perspicaz y bondadoso.



«Tu felix Cinna!» repetíase él el día de los desposorios

Cinna le distinguió entre multitud de pedantes y comentaristas de obtuso cerebro, é inmediatamente

paso que á mí las tinieblas me hacen sufrir.

— ¿Y no ves la salvación?



El loto rosado palideció cada vez más hasta convertirse en loto blanco

Calló un momento Timón y luego dijo lentamente y vacilando:

- La espero.
- ¿De dónde?
- No lo sé.

Y apoyando la cabeza en la mano, y tal vez dominado por el silencio y la paz que reinaban en la terraza, dijo en voz baja:

- ¡Qué extrañeza! Parece á veces que si el mundo no contuviera más cosas que las que conocemos y si nosotros mismos no pudiéramos ser algo más de lo que somos, no experimentaríamos la menor inquietud... De modo que en la propia fuente de la enfermedad busco la esperanza de la curación... La fe en el Olimpo y en la filosofía ha muerto; pero la salud está quizás en alguna verdad nueva que no conozco.

Contra lo que esperaba, esta conversación proporcionó á Cinna un alivio real: cuando supo que no era el único que padecía esta enfermedad, sino que con él la padecía el mundo entero, experimentó la sensación de un hombre á quien se libra de un gran peso para repartirlo entre millares de hombros.

IV

La amistad entre Cinna y el viejo griego era más estrecha de día en día: veíanse á menudo, y comiendo juntos compartían al mismo tiempo sus pensamientos y su pan.

Sin embargo, á pesar de su experiencia de la vida y del cansancio que en él sucediera á la saciedad, Cinna era todavía demasiado joven para que la vida no pudiera proporcionarle algún ignorado atractivo. Este atractivo lo halló en la hija única de Timón, Antea.

La fama de que ésta gozaba en Alejandría no era menor que la de que disfrutaba su padre, pues la veneraban, así los romanos que frecuentaban la casa de Timón como los griegos, lo mismo los filósofos de Serapeum que el vulgo.

Timón no la encerraba en un gineceo, como sucedía con las demás mujeres, sino que, por el contrario, procuraba hacerle conocer lo que él conocía.

Apenas salida de la infancia, había hecho leer libros griegos, romanos y hebreos, porque la muchacha, dotada de una notable memoria y educada en aque-

lla ciudad cosmopolita de Alejandría, había tenido ocasión de aprender los tres idiomas.

Como compañera de su padre, asociaba á los pensamientos de éste los suyos propios; tomaba parte á menudo en los coloquios durante las *symposes* (1) que se celebraban en la casa de Timón, y con frecuencia también era la única que encontraba, como Ariana, el camino en el laberinto de las cuestiones difíciles, arrastrando en pos de sí á las demás. Su mismo padre se mostraba admirado de ello y le profesaba gran estima.

Finalmente, rodeábala una especie de encanto, de misterio, casi de santidad, porque tenía sueños proféticos y veía cosas invisibles para los ojos profanos de los mortales.

El anciano sabio la quería como á su propia alma, y la quería más porque temía perderla: Antea decía á veces que en sueños se le aparecían seres hostiles envueltos en una luz maravillosa sin que supiera si aquello había de ser para ella la fuente de la vida ó de la muerte.

En el entretanto, sólo de amor se veía rodeada. Los egipcios que visitaban á Timón la denominaban «el Loto,» sin duda porque esta flor era objeto de una veneración divina á orillas del Nilo; pero indudablemente también porque el que una sola vez había visto á Antea, olvidaba al mundo entero.

Su belleza igualaba á su sabiduría: el sol de Egipto no había oscurecido su rostro, en el que parecían haberse encerrado como en una concha de nácar transparente los dorados rayos del amanecer. Sus ojos reflejaban el azul del Nilo y su mirada dijérase que salía de las mismas profundidades misteriosas que las aguas de aquel misterioso río.

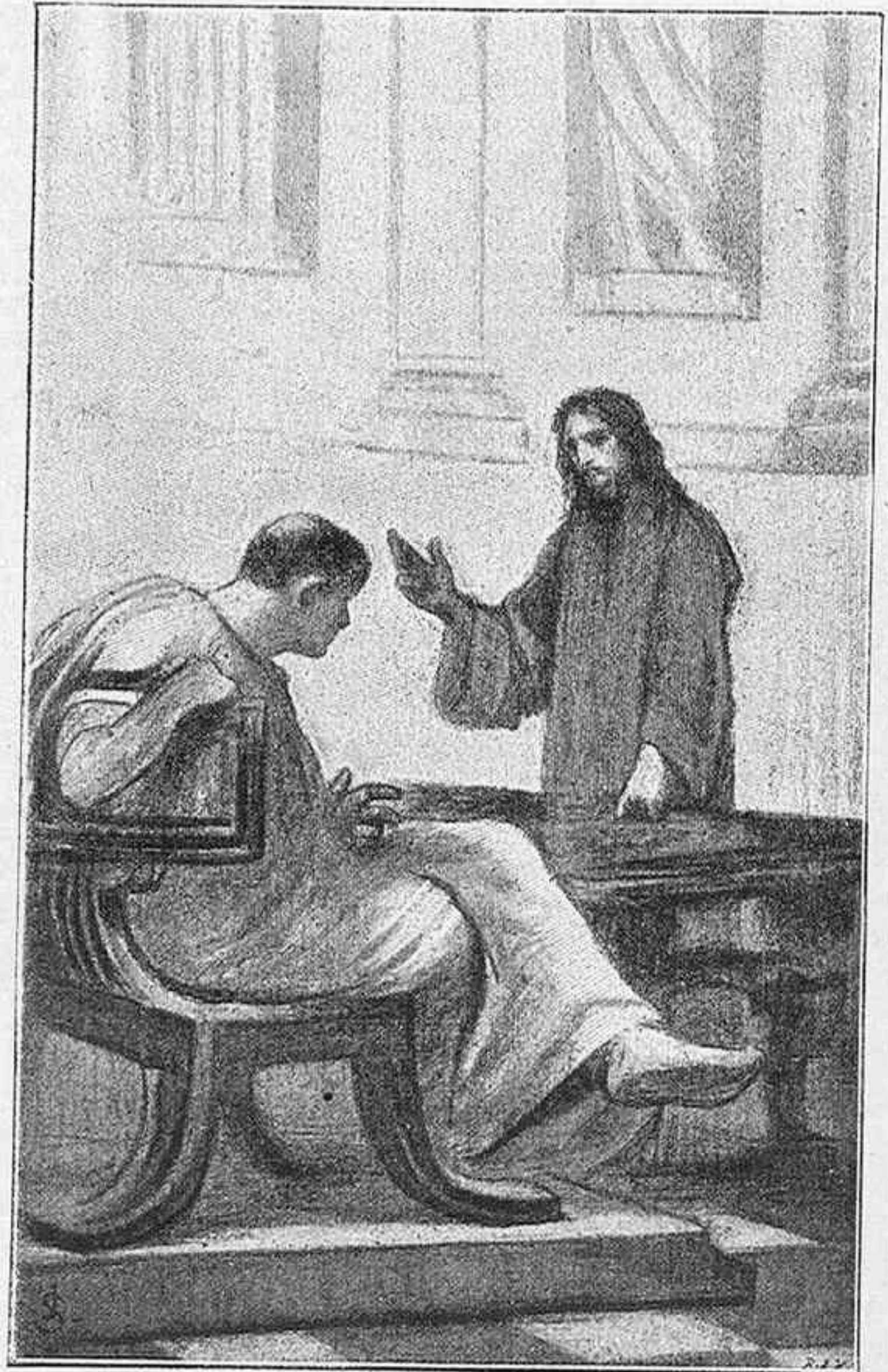
Cuando Cinna volvió á su casa después de haberla visto y oído por primera vez, sintió deseos de erigirle un altar en el atrio de su vivienda y de ofrecerle en holocausto blancas palomas.

En el transcurso de su vida había encontrado millares de mujeres, desde las jóvenes del lejano Norte, de blancas pestañas y cabellos del color de las espigas, hasta las númeradas negras como la lava enfriada, pero jamás había visto rostro ni alma semejantes. Y cuanto más la veía, la comprendía y la escuchaba, tanto mayor era su sorpresa, llegando á imaginarse algunas veces, á pesar de su incredulidad, que no podía ser hija de Timón, sino que era

(1) Festines entre los griegos.

hija de los cielos, medio mujer y medio diosa.

Muy pronto la amó con amor inesperado, profundo, invencible, tan diferente de sus sentimientos pasados, como diferente era Antea de las demás mujeres.



De intento he conversado largo tiempo con Él

Hubiera querido poseerla únicamente para venerarla, y para ello estaba dispuesto á dar toda su sangre; habría preferido ser pobre, pero con ella, á ser sin ella César.

Y así como un torbellino del mar arrastra con irresistible fuerza todo lo que recogen sus remolinos, así también el amor de Cinna se apoderó de su alma, de su corazón, de sus pensamientos, de sus días, de sus noches, en una palabra, de todo cuanto es la vida.

Después, el amor aprisionó igualmente en sus brazos á Antea.

«*Tu felix Cinna!*» decían sus amigos.

«*Tu felix Cinna!*» repetíase él el día de los desposorios, cuando los divinos labios de la virgen hubieron proferido las palabras sacramentales:

- Allí donde tú estés, Cayo, allí estaré yo, Cayal

Y entonces parecía que su felicidad era, como el mar, inconmensurable, infinita.

V

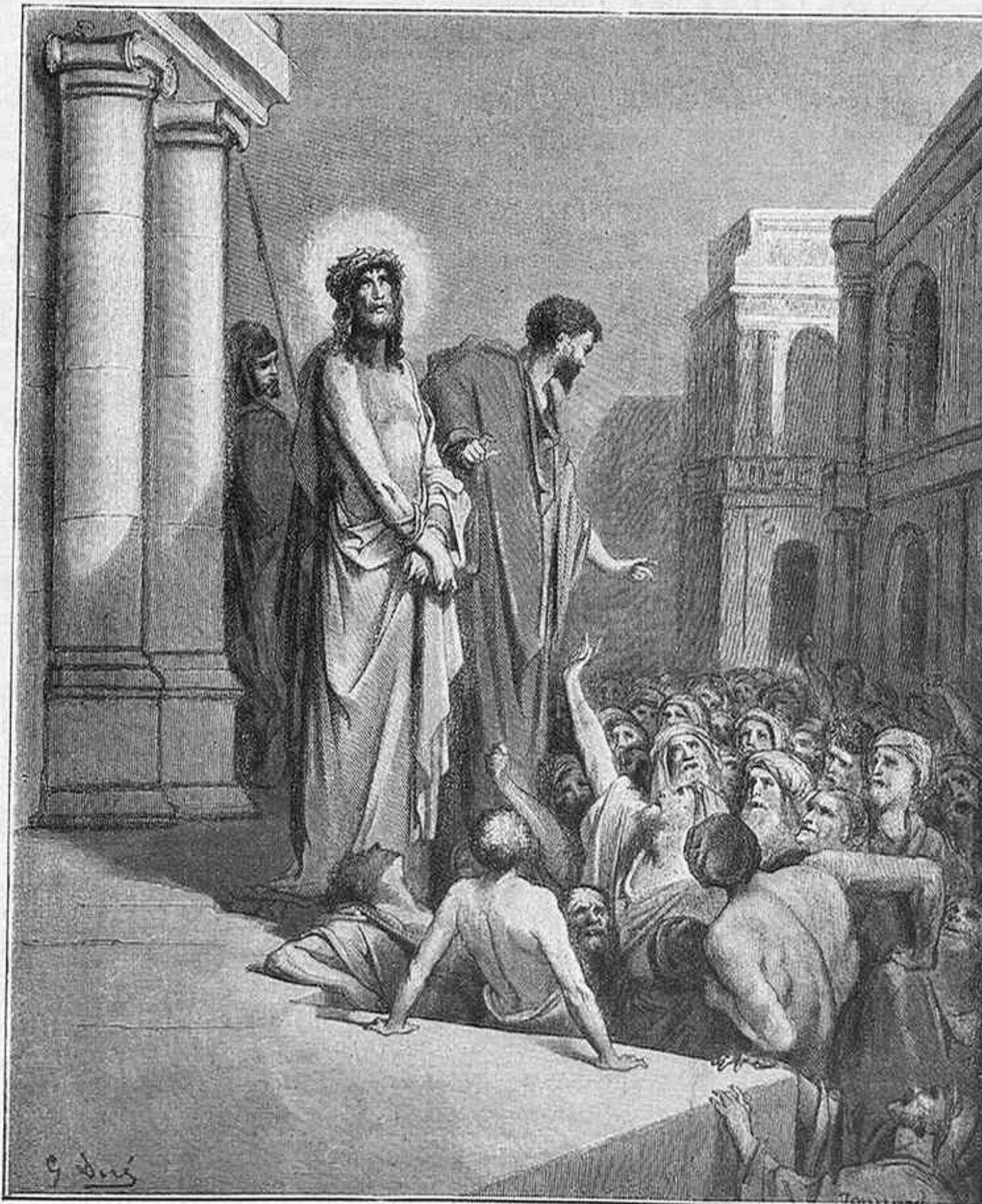
Transcurrió un año, durante el cual la joven esposa vióse rodeada en su hogar de una adoración casi divina: era para su marido la niña de sus ojos, el amor, la sabiduría, la luz.

Pero en la comparación que de su dicha con el mar había hecho, habíase olvidado Cinna que también el mar tiene sus reflujos.

Al cabo de un año, apoderóse de Antea un mal terrible y misterioso: espantosas visiones turbaron su sueño y secaron en ella el manantial de la vida; extinguéronse en su semblante los rayos del amanecer, dejando sólo en él su nacarda transparencia; sus manos tornáronse diáfanas, sus ojos se hundieron en sus órbitas, y «el loto» rosado palideció cada vez más hasta convertirse en loto blanco, blanco como la faz de un muerto.

Sobre la vivienda de Cinna revolotearon algunos buitres, cosa que en Egipto era considerada como fúnebre presagio.

Las visiones de Antea fueron de día en día más terribles. Cuando en pleno mediodía el sol inundaba la tierra con



Por dos veces salí del pretorio para arengar á esos furiosos sacerdotes y á esa miserable plebe...

su luz blanca y reinaba el silencio en la ciudad, imaginábase oír á su alrededor los pasos rápidos de algunos seres invisibles y ver en el fondo del éter un rostro de cadáver, amarillo y seco, que clavaba en ella sus ojos de azabache. Y aquellos ojos parecía que la llamaban á alguna parte, hacia las tinieblas misteriosas.

Entonces la fiebre agitaba el cuerpo de Antea, y sobre su pálida cara rodaban gotas de frío sudor; la reverenciada sacerdotisa del hogar doméstico transformábase en un niño desarmado, aterrorizado, y ocultando su cabeza en el pecho de su marido, repetía con sus labios exangües:

— ¡Sálvame, Cayo, sálvame!

Cayo se habría arrojado sobre cualquier fantasma que Perséfone hubiera podido hacer surgir de las entrañas de la tierra, pero en vano lo buscaba en el espacio. Como siempre á la hora meridiana, nada había á su alrededor: una blanca luz inundaba la ciudad; el mar parecía incandescente herido por los rayos del sol, y en medio del universal silencio sólo se oía el grito de los buitres que revoloteaban en torno de la casa.

Las visiones, cada vez más frecuentes, acabaron por ser cotidianas y perseguían á Antea en la calle, en el atrio y en las habitaciones interiores.

Por consejo de los médicos Cinna llamó á algunos egipcios y beduinos que con sus sambucos y sus flautas de barro amortiguaron con su estrepitosa música los pasos de los seres invisibles.

Mas todo fué en vano: Antea oía aquellos pasos en medio de las más ruidosas conversaciones, y cuando el sol se elevaba tan alto que la sombra yacía al pie del hombre como vestidura, caída de las espaldas, en la atmósfera vibrante de calor aparecía la faz cadavérica que miraba á Antea con ojos vidriosos y se alejaba andando lentamente de espaldas, como diciéndole:

— ¡Sígueme!

VI

A veces parecía á Antea que los labios de la aparición se movían imperceptiblemente, y en ocasiones figurábasele ver salir de ellos escarabajos negros y repugnantes que hacia ella volaban.

A la sola idea de estas visiones, su mirada expresaba el mayor terror.

Tanto, que comenzaba á imaginarse la vida como una cadena no interrumpida de sufrimientos agudos y hasta llegaba á suplicar á Cinna que clavara en su pecho una espada ó le permitiera tomar un veneno.

Pero Cinna nunca quiso consentir en ello: con su espada habríase abierto todas las venas, si esto hubiese podido aliviarla; pero jamás se habría sentido con fuerzas para matarla á ella.

Cuando se imaginaba muerta aquella querida cabecita, con los párpados cerrados, y en una helada inmovilidad; cuando se representaba aquel pecho atravesado por su espada, comprendía que antes de resolverse á consumir tal acción, necesariamente habría de volverse loco.

Un médico griego le dijo que quien se aparecía á Antea era Hecate, y que los seres invisibles que tanto espantaban á la enferma eran el acompañamiento de aquella terrible divinidad; en su concepto, la joven no tenía remedio, porque todo el que había visto á Hecate tenía que morir.

Entonces Cinna, que antes se burlaba de la fe en Hecate, le ofreció en sacrificio una hecatombe; pero el remedio no proporcionó alivio alguno y al siguiente día los ojos lúgubres continuaron clavándose en Antea.

Probaron de taponarle la cabeza, pero al través del velo más espeso veía la cadavérica faz; y cuando se encontraba en una habitación oscura, aquella faz aparecía en la pared, disipando las tinieblas con su luz pálida y descolorida.

Por la noche, la enferma sentíase mejor; pero entonces permanecía sumida en un sueño tan profundo, que Cinna y Timón á veces temían que no volvería á despertarse.

Al fin su debilidad fué tal, que no pudo andar sin ayuda y hubo que llevarla en una litera.

La antigua inquietud de Cinna renació más fuerte que antes y se apoderó de él por completo: había en ella, en primer lugar, algo de miedo por la vida

de Antea, pero había también una extraña sensación de que aquella enfermedad se enlazaba misteriosamente con lo que había sido objeto de su conversación íntima con Timón.



Mientras le golpeaban, mostrábase paciente como un cordero

El viejo sabio pensaba acaso como él, pero Cinna temía interrogarle.

En el entretanto, la enferma se consumía como flor en cuyo cáliz ha anidado un reptil venenoso; mas Cinna, á pesar de su desaliento, defendía á su esposa con toda la energía de la desesperación.

Primero la llevó al desierto, á los alrededores de Memfis; pero viendo que la estancia á la sombra de las Pirámides no la libertaba de sus espantosas visiones, regresó de Alejandría y rodeó á su mujer de adivinas, de brujos que conjuraban las enfermedades, de toda una muchedumbre de esos magos imprudentes que con sus manejos secretos explotan la credulidad humana. Cinna, que no podía elegir entre otros recursos, apelaba á todos los medios que se le ocurrían.

Por aquel tiempo llegó á Alejandría procedente de Cesarea, un médico famoso, el hebreo Josef, hijo de Khouza.

Cinna lo llevó inmediatamente al lado de su mujer y muy pronto brilló de nuevo en su corazón la esperanza.

Josef, que no creía en los dioses de Grecia ni en los de los romanos, rechazó con desprecio la suposición de que el mal fuera debido á la influencia de Hecate; más bien admitía la influencia de los demonios, y aconsejaba que se sacara á Antea de Egipto, en donde, independientemente de tales demonios, su salud podía estar comprometida por las pantanosas emanaciones del Delta. Según él, acaso porque era judío, debían llevarla á Jerusalén, ciudad que los demonios no podían visitar y en la cual el aire era fuerte y sano.

Cinna siguió este consejo con tanto mayor gusto cuanto que, en primer lugar, no le quedaba otro recurso y además porque gobernaba en Jerusalén un amigo suyo cuyos ascendientes habían sido clientes de la casa de sus antepasados.

Y en efecto, el procurador Poncio acogió á la joven pareja con los brazos abiertos y puso á su disposición su casa de campo cerca de las murallas de la ciudad.

Mas la esperanza de Cinna habíase desvanecido ya antes de su llegada á Jerusalén, porque en el mismo puente de la galera la faz cadavérica contemplaba á Antea, y cuando hubo llegado al término de su viaje, la enferma esperaba con el mismo terror que en Alejandría la hora meridiana.

Y de nuevo pasaron los días en medio de la tristeza, del temor, de la desesperación, y de la espera de la muerte.

VII

Mucho calor hacía en el atrio, á pesar de la fuente, de la sombra del pórtico y de la hora matinal; el mármol blanco ardía bajo la acción del sol de primavera.

Por fortuna, no lejos de la casa había un pistachero cuyas extensas ramas cubrían un ancho espacio. De cuando en cuando un soplo de brisa pasaba por aquel sitio descubierto. Allí mandó Cinna colocar la litera guarnecida de jacintos y de flores de manzano en que estaba tendida Antea, y sentándose junto á ésta puso su mano sobre la mano, blanca como el alabastro, de su esposa, y le preguntó:

— ¿Estás bien, amada mía?

— Muy bien, respondió la joven con voz apenas perceptible y entornando los párpados como si fuera á dormirse.

Reinó el silencio, sólo interrumpido por la brisa que agitaba las ramas del pistachero, mientras en el suelo, alrededor de la litera, movíanse las doradas manchas de los rayos solares que al través del follaje se filtraban y los saltamontes no cesaban de zumbir en las rocas grises.

Un instante después, la enferma abrió los ojos.

— Cayo, dijo, ¿es verdad que ha aparecido en esta comarca un filósofo que cura las enfermedades?

— Aquí, respondió Cinna, á estos hombres se les llama profetas. He oído hablar de ese á quien te refieres y quería hacerle venir; pero como es un mago engañoso y además blasfema contra las cosas sagradas y las creencias de este país, el procurador le ha condenado á muerte y hoy mismo ha de ser crucificado.

Antea bajó la cabeza.

— El tiempo te curará, añadió Cinna, viendo la expresión de tristeza que nublaba el semblante de su esposa.

De nuevo reinó el silencio.

Las manchas doradas del suelo continuaban moviéndose y centelleando; los zumbidos de los saltamontes eran cada vez más fuertes y de las grietas de las rocas salían pequeños lagartos que se instalaban sobre las caldeadas piedras.

De cuando en cuando Cinna clavaba su mirada en Antea y por milésima vez acudía á su mente la desesperante idea de que todos los medios para devolverle la salud se habían agotado, de que era vana toda esperanza y de que muy pronto de aquel ser adorado no quedaría más que una sombra efímera y un puñado de ceniza en el columbario.

Entonces mismo, tendida sobre la litera y con los ojos cerrados, parecía lo mismo que muerta.

«¡Te seguiré!» decía entre sí Cinna.

Oyóse en aquel instante ruido de pasos.

Antea palideció más aún; sus labios entreabiertos aspiraban el aire con avidez y su pecho se levantaba á impulsos de una respiración jadeante: la pobre mártir creía que la multitud de seres invisibles se aproximaba anunciando la aparición de la faz cadavérica de vidriosas órbitas.

Pero Cinna, cogiéndole la mano, esforzóse en tranquilizarla.

— Nada temas, Antea; estos pasos también yo los oigo.

Un momento después añadió:

— Es Poncio, que viene á visitarnos.

En efecto, á la vuelta del sendero apareció el procurador, seguido de dos esclavos.

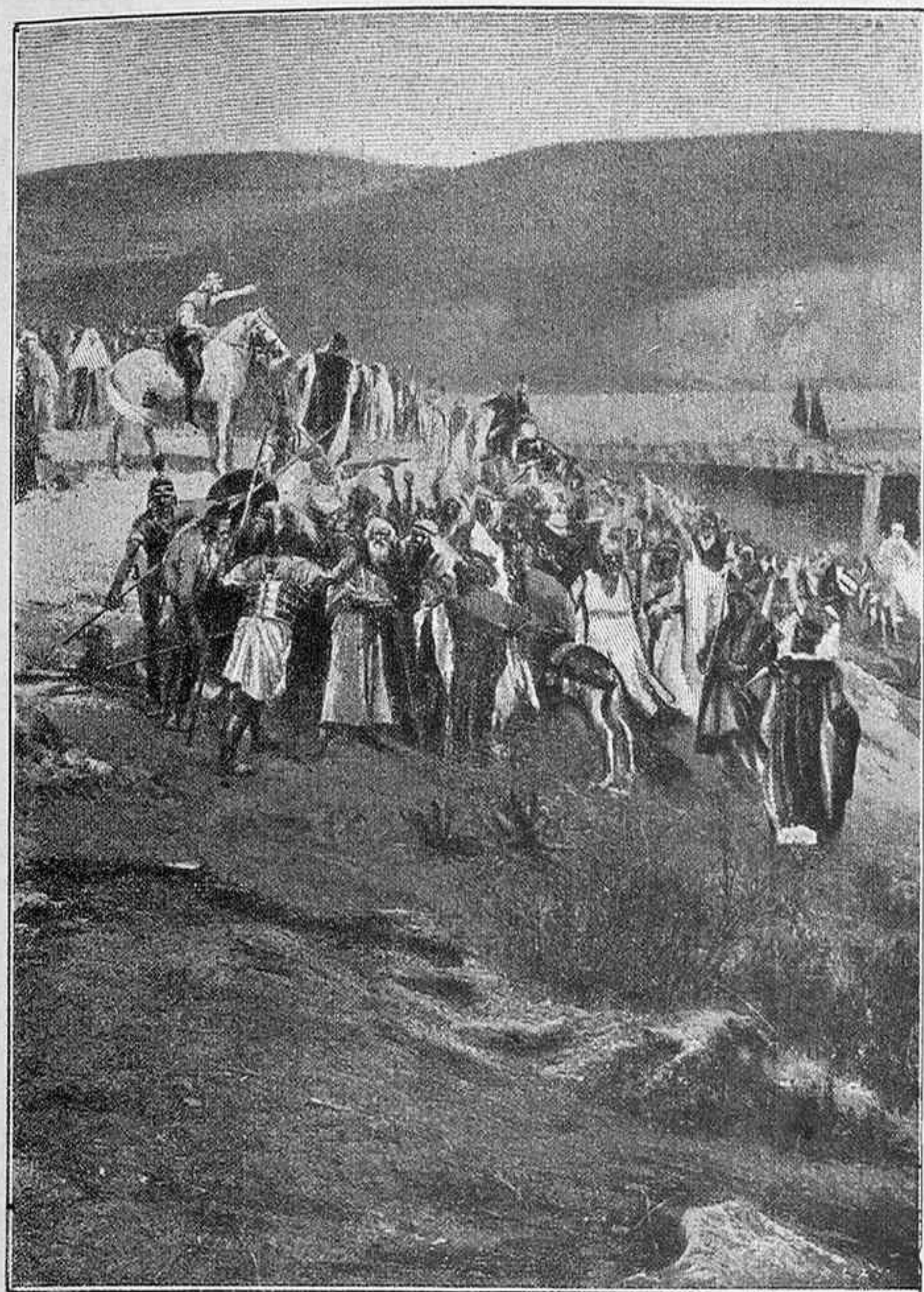
Era un hombre de cierta edad, de barba redonda y afeitada, en quien se adivinaban la majestad fingida y al mismo tiempo la preocupación y el cansancio reales.

— Salud á ti, noble Cinna, y á ti, divina Antea, dijo cuando estuvo bajo la sombra del pistachero. ¡Qué día tan caluroso después de una noche tan fría!... ¡Que sea de felicidad para los dos y que la salud de Antea renazca como esos jacintos y esas flores de manzano que adornan su litera!

— Salud á ti también, Poncio. Sé bienvenido, respondió Cinna.

¡Sentóse el procurador en una roca, miró á la joven y frunciendo el ceño dijo:

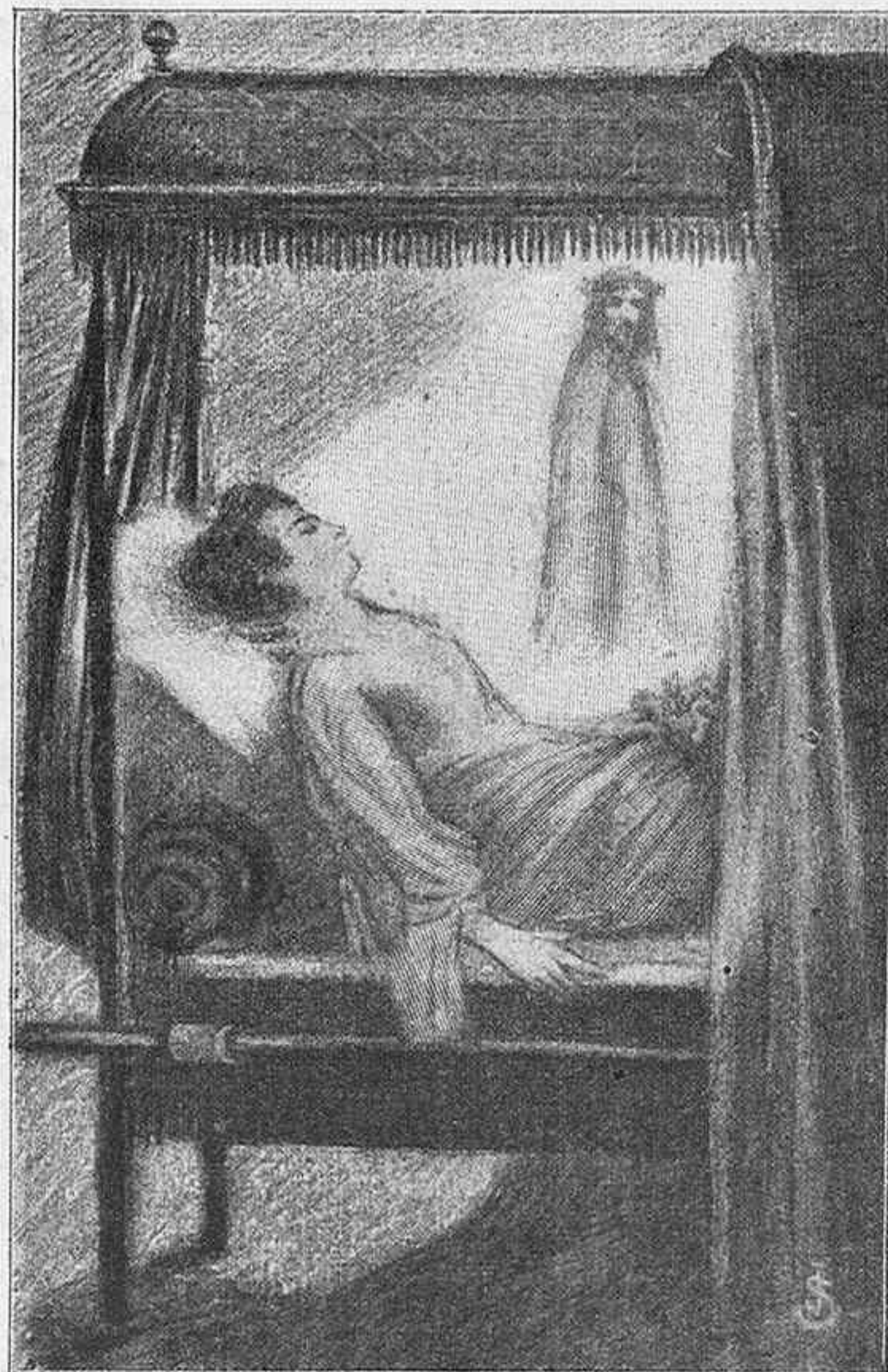
— El aislamiento engendra la enfermedad y el hastío, mientras que en medio de la muchedumbre no hay espacio para un temor inmotivado. Voy, pues, á daros un consejo. No estamos desgraciada-



La muchedumbre se apresuraba á ocupar los mejores sitios

ningún país en que esta regla sea tan de rigor como en este... ¡Y cuánto me cuesta mantenerme en ella! En ninguna parte, ni en los hombres ni en la naturaleza, encuentro la paz y el equilibrio... Ved, si no; estamos en primavera, y sin embargo, las noches son frías y los días tan calurosos que las piedras os queman las plantas de los pies. Todavía falta mucho para mediodía, y ya veis el calor que se siente. Y en cuanto á los hombres, vale más no hablar. Vivo aquí porque á ello me obligan; pero en fin, no se trata de esto, y ya me había desviado nuevamente de nuestro asunto... Id á presenciar el suplicio; estoy seguro de que ese Nazareno morirá como un valiente. He mandado que le azotaran creyendo salvarlo así de la muerte, pues no soy en modo alguno un hombre cruel; pues bien, mientras le golpeaban mostrábase paciente como un cordero y bendecía al pueblo, y cuando la sangre bañaba su cuerpo alzaba los ojos al cielo y oraba. Es el hombre más extraño que he visto en mi vida... Desde aquel momento mi mujer no me ha dejado ni un minuto tranquilo, y durante todo el día no cesó de repetirme: «¡No hagas perecer á un inocente!» Este era también mi deseo, y por dos veces salí del pretorio para arengar á esos furiosos sacerdotes y á esa miserable plebe; pero ¡quién! como un solo hombre

– Divina Antea, replicó el procurador, á tu observación podría contestar diciendo que en toda la tierra sólo para el poderío romano brilla; de aquí que á éste hay que sacrificarlo todo. Ahora bien, los agitadores comprometen este poderío... Pero ante todo te ruego que no me pidas que revoque mi sentencia; ya sabe Cinna que esto es imposible: una vez dictado el fallo, solamente puede revocarlo el César, de suerte que aunque yo quisiera hacerlo no podría, ¿no es verdad, Cayo?



Antea se dejó caer de nuevo sobre las almohadas de su litera

mente en Antioquía ni en Cesarea; aquí no hay juegos, ni arenas, y aunque organizáramos un circo, al día siguiente lo destruirían los fanáticos; no se oye pronunciar más nombre que el de la «Ley» y la ley se opondrá á todo. Habría preferido vivir en Escitia que en este país...

– ¿Qué ibas á decir, Pilatos?
– Es verdad, me he apartado del asunto; de ello tienen la culpa mis preocupaciones. Decía, pues, que entre la muchedumbre no hay espacio para un miedo inmotivado, y precisamente hoy podréis disfrutar de un espectáculo. En Jerusalén es menester contentarse con poca cosa, y hay que procurar, sobre todo, que Antea se encuentre en medio de la multitud cuando sea la hora del mediodía. Hoy deben morir en la cruz tres hombres, y siempre vale más esto que nada; además, con ocasión de la Pascua acuden á la ciudad los más extraños pordioseros de todos los ámbitos de la región, y podréis contemplar á satisfacción á todas estas gentes. Daré orden de que os reserven un buen sitio, junto á las cruces. Espero que los condenados morirán como valientes: uno de ellos, extraño personaje, se titula Hijo de Dios, es bondadoso como una paloma y en realidad nada ha hecho para merecer el suplicio.

– ¿Y le has condenado á morir crucificado?

– Me interesaba evitar toda clase de disgustos, y al mismo tiempo no tocar el nido de avispas que zumban alrededor del templo y que ya han enviado á Roma bastantes quejas contra mí. Aparte de que no se trata de un ciudadano romano.

– Mas no por ello sufrirá menos el condenado.

Al pronto el procurador nada respondió; sólo al cabo de algunos minutos púsose á hablar como si soñara en alta voz:

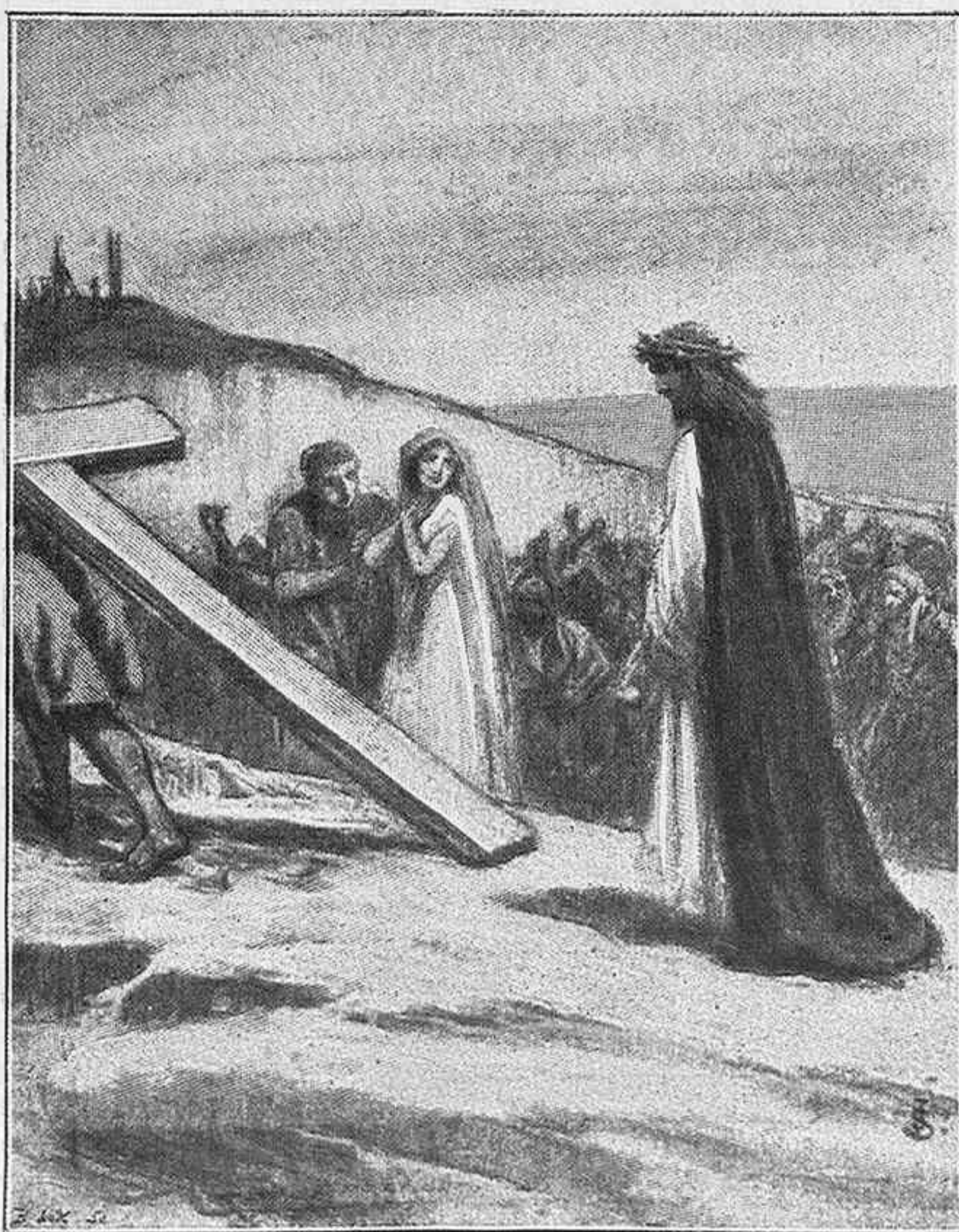
– Hay una cosa que no puedo tolerar, la exageración; no más que oyendo pronunciar este nombre ya me pongo de mal humor para todo el día. El término medio, he aquí el punto en que mi prudencia me dice que me mantenga, y no hay en el mundo

gritaban todos, echando atrás la cabeza y con la boca desmesuradamente abierta: «¡Crucifícale!»

– ¿Y has cedido?, preguntó Cinna.

– Por fuerza; de lo contrario habría habido agitación en la ciudad y yo estoy aquí para mantener el orden. Debo cumplir con mi deber... No me gustan las exageraciones y además estoy horriblemente cansado... Pero una vez he adoptado una resolución, sacrífico sin vacilar la vida de un hombre por el bien de todos, tanto más cuanto que en el caso presente se trata de un desconocido, de quien nadie se preocupará. Peor para él si no es romano.

– El sol no brilla solamente para Roma, observó Antea.



Estaba pálido y avanzaba lentamente con paso débil é inseguro

– Es cierto.

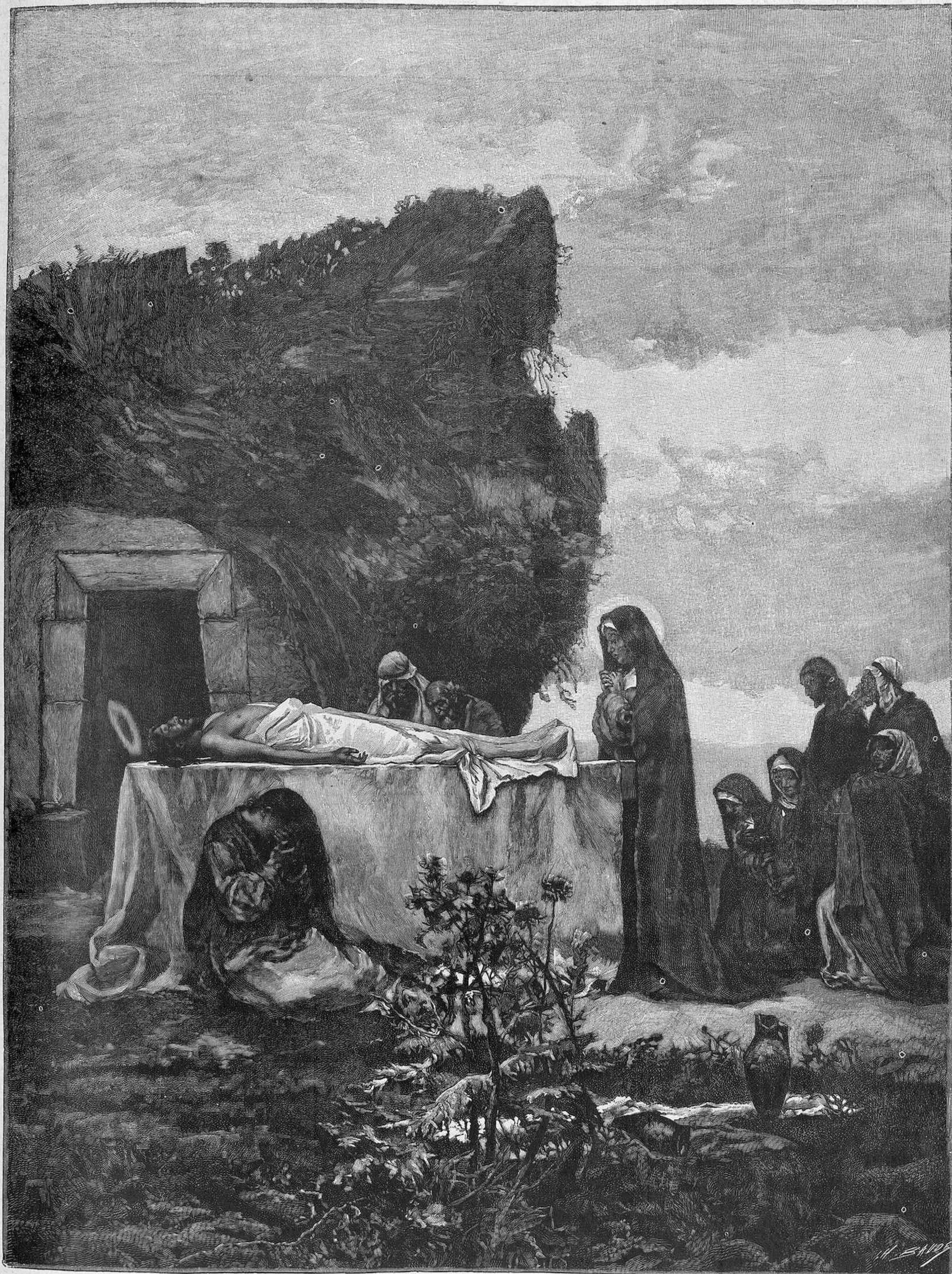
Estas palabras produjeron visiblemente una triste impresión en Antea, la cual, como si hablara consigo misma, murmuró:

– ¿De manera que aun siendo inocente se puede sufrir y morir?

– Aquí no se trata de inocentes, respondió Poncio. Ese Nazareno no ha cometido ningún crimen; por esto yo, como procurador, me he lavado las manos; pero como hombre condeno su doctrina. De intento he conversado largo rato con Él; quería sondearle y me he convencido de que sueña cosas inauditas... Sus doctrinas son muy difíciles de comprender. La vida del mundo ha de basarse en la razón... ¿Es necesaria la virtud? ¿Quién se atrevería á negarlo? Por lo menos yo no. Los mismos estoicos prescriben la calma ante una opinión contradictoria... Pero no piden el abandono de todo, desde la fortuna hasta la comida del día presente. Dime, Cinna, tú que eres hombre razonable: ¿qué pensarías de mí si, sin motivo alguno, regalara esta casa que habitas á ese pordiosero que se calienta al sol cerca de la puerta de Jaffa? Y sin embargo, esto es lo que el Nazareno pide... Dice además que es preciso amar á todo el mundo sin distinción, lo mismo á los hebreos que á los romanos, á éstos como á los egipcios, igual que á los africanos y así sucesivamente. Al oír tales cosas no he querido saber más... Por otra parte, en los instantes en que se trataba para Él de una cuestión de vida ó muerte, su actitud era tal que no parecía sino que nada tenía que ver con ello: enseñaba y rezaba. Pues bien; yo no tengo el deber de salvar á quien ningún interés tiene por sí mismo. El que no sabe guardar el término medio demuestra que carece de razonamiento... Por último, se titula Hijo de Dios, y como quebranta los cimientos de la sociedad, perjudica á los hombres. En buena hora que piense para sus adentros lo que quiera, pero que no destruya las bases... De modo que, como hombre particular, protesté contra su doctrina. Supongamos que yo no crea en los dioses; pero esto sólo á mí me atañe. Sin embargo, reconozco la necesidad de la religión y la proclamo en alta voz porque creo que es un freno indispensable en lo que toca al pueblo. Los caballos han de estar enganchados al carro, y bien enganchados... Por otra parte, la muerte no debe asustar mucho



MARÍA MAGDALENA, cuadro de Miguel Lambertini
que se conserva en el Museo de La Haya



JESÚS EN EL SEPULCRO, cuadro de Muñoz Degrain,
existente en el templo de San Francisco el Grande, de Madrid

al Nazareno, puesto que pretende que resucitará. Cinna y Antea cambiaron entre sí una mirada de sorpresa y exclamaron:

- ¿Resucitará?

- Dentro de tres días, ni más ni menos. De todos modos, así lo anuncian sus discípulos; en cuanto á Él, no me he acordado de interrogarle sobre este punto... A bien que todo esto me importa poco, porque la muerte desliga de las promesas... Y aunque no resucitara, nada tampoco perdería, porque según su doctrina, la verdadera felicidad, así como la vida eterna, no comienzan hasta después de la muerte. De esto habla con absoluto convencimiento. Hay en su Hades más luz que en todo el mundo sublunar, y el que más sufre aquí abajo, irá más seguramente allá arriba; no hay más que amar, amar y siempre amar.

- ¡Extraña doctrina!, dijo Antea.

- ¿Y la plebe te gritaba «Crucifícale»? exclamó á su vez Cinna.

- Nada de esto me ha sorprendido. El alma de este pueblo está amasada en odio. ¿Quién sino el odio es capaz de pedir la cruz á cambio del amor?

Antea se pasó su enflaquecida mano por la frente y preguntó:

- ¿Y está cierto ese hombre de que se puede vivir y ser dichoso después de la muerte?

- Precisamente por esto no teme la muerte ni la cruz.

- ¡Qué hermoso sería esto, Cayo!

Un instante después siguió preguntando:

- Pero ¿cómo lo sabe?

- Pretende saberlo, contestó el procurador, por el Padre de todos los hombres, que es para los judíos lo que para nosotros Júpiter, con la diferencia de que, según el Nazareno, es único y misericordioso.

- ¡Qué hermoso es esto!, repitió la enferma.

Cinna entreabrió los labios como si tuviera que decir algo, pero se calló y la conversación no pasó de aquí.

Poncio, pensando sin duda en la doctrina del Nazareno, meneaba la cabeza ó se encogía de hombros. Al fin se levantó para despedirse.

De pronto dijo Antea:

- Cayo, vamos á ver á ese Nazareno.

- Daos prisa, añadió Pilatos alejándose, porque pronto se pondrá en marcha la comitiva.

VIII

Se aproxima la hora meridiana; el día, que comenzó caluroso y sereno, empieza á obscurecerse; del Noroeste vienen nubes negras ó rojo-cobrizas, pequeñas, pero espesas, saturadas evidentemente de tempestad, y aunque todavía dejan entrever en algunos sitios el intenso azul del cielo, no tardarán en juntarse y en velar todo el firmamento. Ahora, el sol orla sus escotaduras con filetes de oro.

Sobre la ciudad y las vecinas montañas, aún se ve una faja de cielo claro, mientras en la tierra el aire languidece y deja de circular.

En la elevada meseta del Gólgota están ya instalados aquí y allí algunos pequeños grupos de hombres que se han apresurado á tomar puesto antes que el cortejo salga de Jerusalén.

El sol ilumina aquel espacio pedregoso, ancho, vacío, estéril, triste, cuya monotonía gris perla rompen únicamente las gargantas y las grietas que con su negrura se destacan sobre la meseta violentamente iluminada. A lo lejos álzanse elevadas colinas

ruido lejano procedente de la ciudad que semejante al murmullo de las olas parecía fundirse en el silencioso ambiente.

Los grupos aislados que desde la mañana se habían situado en el Gólgota dirigían á cada momento sus miradas á la ciudad, esperando ver salir de ella el cortejo.

En esto apareció la litera de Antea, escoltada por unos cuantos soldados del emperador encargados de abrir paso por entre la multitud y en cierto modo de preservar á los extranjeros de los insultos de la plebe fanática que los odiaba.

Junto á la litera iba Cinna en compañía del centurión Ruflilo.

Antea parecía más tranquila y esperaba menos inquieta que de ordinario la hora del mediodía, que era la hora en que se le mostraban aquellas visiones terribles que la extenuaban.

Lo que el procurador había dicho del Nazareno, habiase apoderado de su ánimo y desviaba su atención del mal que padecía.

Había en esto algo extraño que no acertaba á comprender.

La sociedad de aquel tiempo había visto á muchos morir con la misma tranquilidad con que se extingue una pira funeraria cuando la leña se ha consumido por completo; pero aquella calma era la calma resultante del valor ó la resignación filosófica ante la necesidad de pasar de la luz á las tinieblas, de la vida real á una existencia nebulosa, vaga, indefinida.

Hasta entonces, nadie había bendecido la muerte; ninguno moría con la certidumbre inquebrantable de que sólo después de la pira ó de la tumba empiezan la verdadera existencia, la dicha verdadera, tan grande, tan infinita que únicamente un ser omnipotente é infinito puede proporcionarla.

Pues bien: esta dicha anunciábala como verdad indiscutible aquel á quien

iban á crucificar dentro de un momento; y esta enseñanza había impresionado hondamente á Antea, porque le había parecido la única fuente de consuelo y de esperanza.

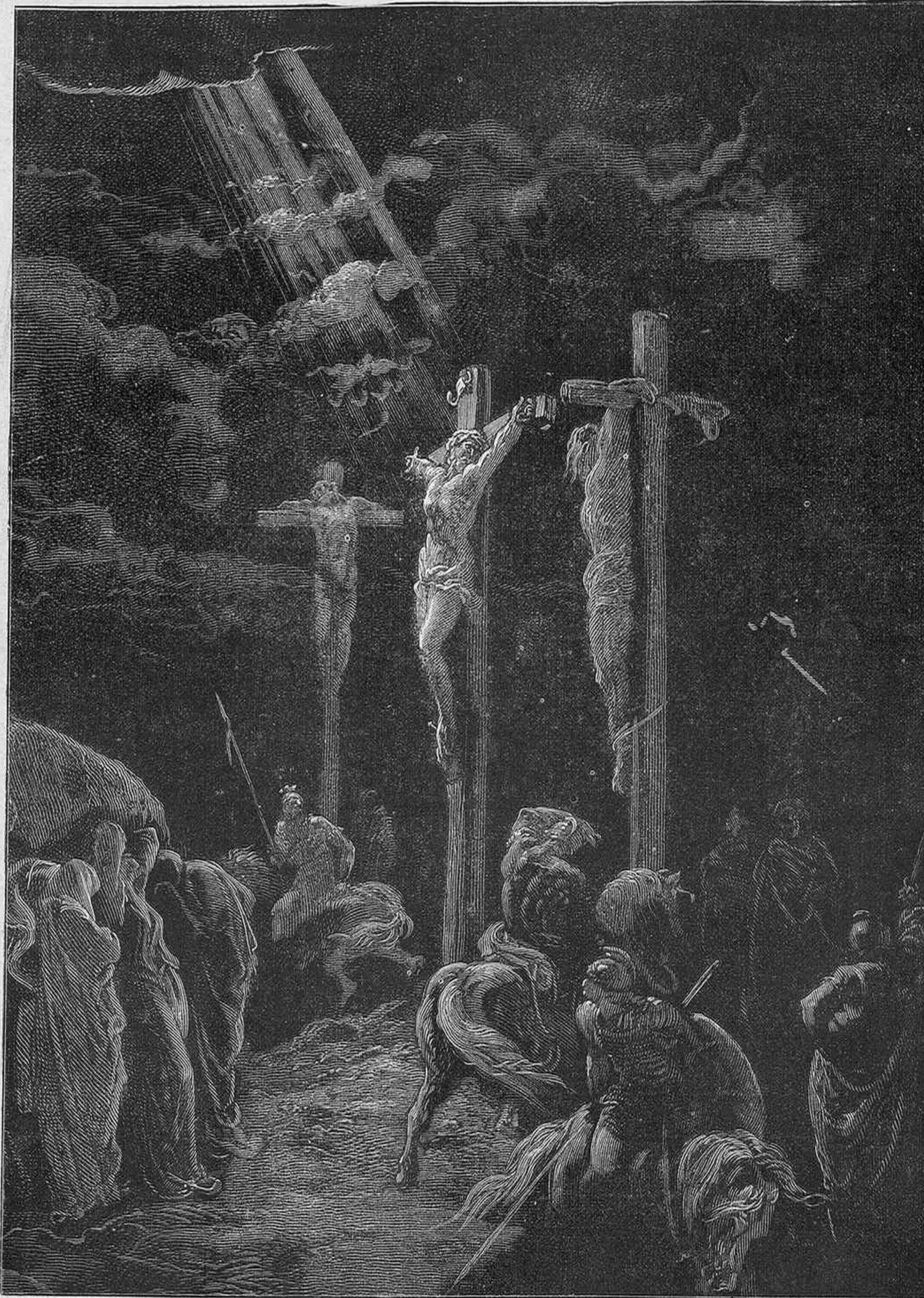
Sabía que había de morir y sentíase dominada por un gran pesar.

¿Qué era para ella la muerte? La separación de Cinna, de su padre, de todo el mundo, del amor; era el frío, la nada, las tinieblas. Cuanto mejor se sentía viviendo, tanto más profunda debía ser su pena; pero si la muerte podía servirle de algo, si podía llevarse consigo una partícula del recuerdo de su amor, de su felicidad, entonces sí que hallaría la fuerza necesaria para someterse.

Y ahora resultaba que cuando no esperaba sino la muerte, aprendía que la muerte podía dársele todo. ¿Y quién le había enseñado esto? Un hombre extraño, maestro, profeta, filósofo, que predicaba el amor á sus semejantes como la más alta de las virtudes, un hombre que á sus semejantes bendecía en el instante mismo en que le azotaban y en que iban á crucificarle.

Y Antea pensó:

«¿Por qué predica tales cosas si la única recompensa que por ello obtiene es la cruz? Algunos aspiran al poder, pero Él no lo desea y se ha conservado siempre humilde; otros ambicionan palacios



MUERTE DE JESÚS, dibujo de Gustavo Doré

también estériles y envueltas en un vapor violáceo.

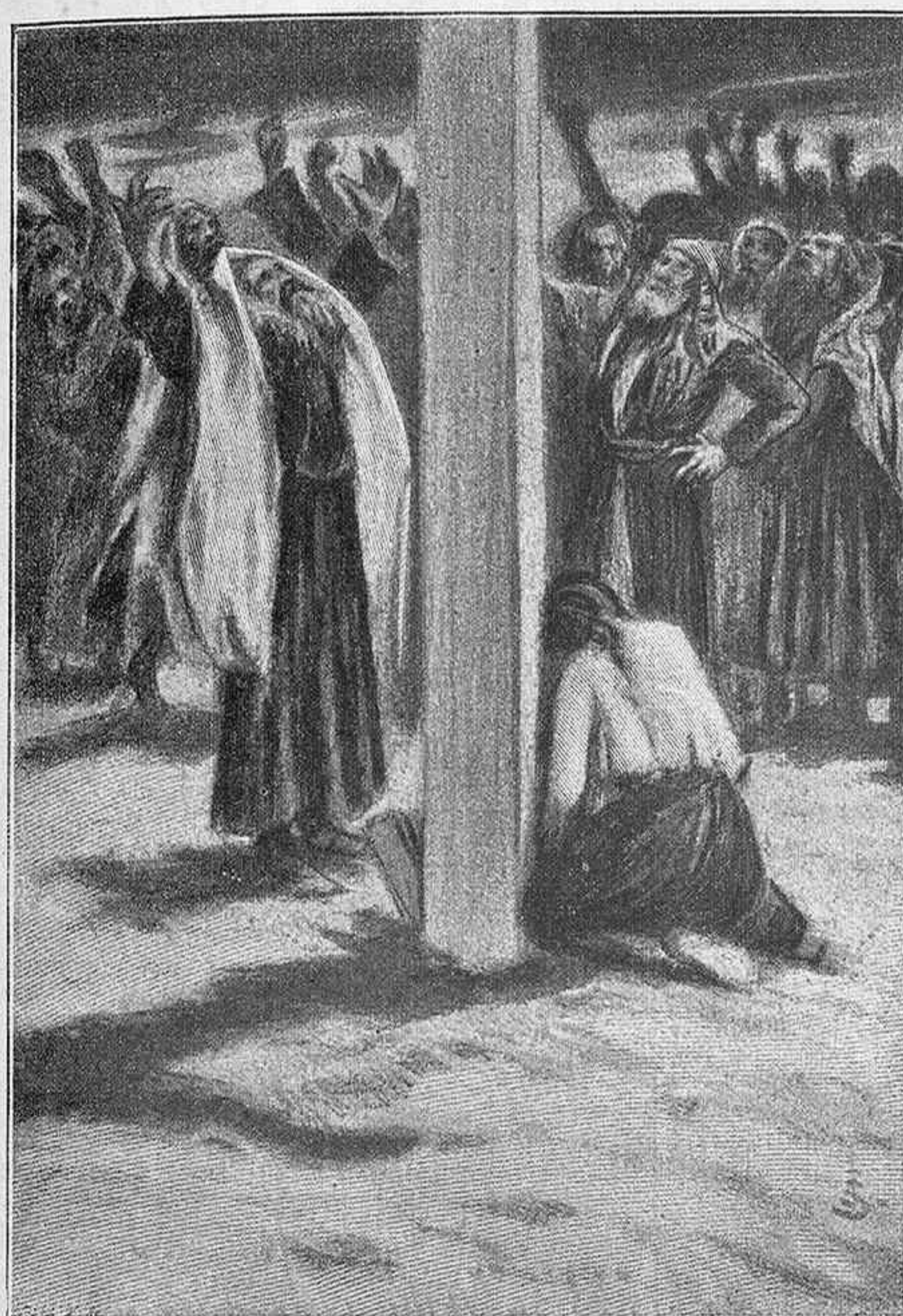
Más abajo, entre las murallas de la ciudad y la meseta del Gólgota se extiende la llanura, sembrada de rocas, pero no menos árida. En las excavaciones en donde se ha amontonado algún limo, crecen algunas higueras de mezquino follaje. Vense allí igualmente algunos edificios de tejados planos adheridos, como nidos de golondrinas, á las paredes rocosas, ó bien sepulcros que muestran al sol su deslumbrante blancura.

Con motivo de la proximidad de las fiestas habían llegado aquel día gentes de toda la provincia, y alrededor de las murallas de la ciudad habíanse levantado gran número de chozas y tiendas que formaban un campamento en donde hormigueaban hombres y camellos.

El sol seguía ascendiendo por la azul bóveda, libre todavía de nubes: era la hora en que aquellas alturas suelen estar sumidas en un profundo silencio y en que todo ser viviente busca un abrigo junto á las murallas de la ciudad ó en los repliegues del terreno.

A pesar de la animación que allí reinaba en aquel momento, cierta tristeza cerníase sobre aquella extensión en donde la luz deslumbradora del sol se posaba, no sobre campos de verdura, sino sobre la masa gris de las piedras. Escuchábase el eco de un

lujo, festines, vestidos de púrpura, carros adornados de nácar y de marfil, al paso que Él ha vivido como un pastor en medio de su rebaño. Enseña el amor, la piedad, la pobreza; luego no puede ser malo ni engañar deliberadamente a sus semejantes. Si dice la verdad, sea, pues, bendecida la muerte; la muerte, término de la humildad terrestre, cambio de una felicidad pequeña por una



¡Desciende de la cruz! ¡Desciende de la cruz!

mayor, luz para los ojos apagados, alas que conducen hacia la mansión de la alegría eterna...»

Ahora comprendía Antea el anuncio de la resurrección.

La inteligencia y el corazón de la pobre enferma adoptaron con ardor aquella doctrina. Acordóse de las palabras de su padre, que á menudo había dicho que sólo la nueva verdad podía sacar de las tinieblas al alma humana fatigada y librarla de las cadenas que la oprimían. Y allí estaba la nueva verdad, venedora de la muerte, fuente de salud.

Antea habíase sumido tan profundamente en sus pensamientos, que por vez primera, desde hacía mucho tiempo, no observó Cinna en su rostro, al acercarse mediodía, los signos de ansiedad acostumbrados.

La comitiva salió de la ciudad y se dirigió al Gólgota.

Desde la altura en donde se encontraba Antea podían distinguirse los menores detalles.

La multitud era considerable, y sin embargo parecía fundirse en el espacio del desierto pedregoso. La puerta de la ciudad, de par en par abierta, vomitaba sin cesar oleadas humanas que en el camino aumentaban con los que esperaban extramuros, y á ambos lados del río viviente agitábanse enjambres de chiquillos. El cortejo cambiaba de color á causa del brillo de los vestidos blancos de los hombres y de los pañuelos encarnados y azules de las mujeres. En el centro relucían las espadas y los hierros de las lanzas de los guerreros romanos.

El ruido de las voces llegaba primero confuso y después cada vez más distinto. Al fin la comitiva se acercó y las primeras filas comenzaron á subir la colina.

La muchedumbre se apresuraba á ocupar los mejores puestos á fin de no perder ni un solo detalle del suplicio, de modo que la escolta que rodeaba á los condenados se quedó atrás.

Los primeros en aparecer fueron los niños, en su mayoría chiquillos medio desnudos, con un trozo de tela atado á la cintura, los cabellos cortados al rape, excepto dos rizos que les colgaban sobre las sienes, de tez aceitunada, ojos azules y hablar chillón, que lanzando gritos estridentes se pusieron á arrancar de las excavaciones fragmentos de rocas desprendidas para más tarde arrojarlos á los crucificados.

Detrás de ellos, una parte de la abigarrada multitud llegó á la cumbre de la colina. Los rostros de todas aquellas gentes estaban animados por la esperanza de un espectáculo interesante; en ninguno de ellos se veía la menor sombra de compasión. Los clamores, la precipitación de las palabras, la exuberancia de los gestos, llegaron á asombrar á Antea, á pesar de que estaba acostumbrada á la plebe griega, charlatana y ruidosa. Los hombres hablaban entre sí como si estuvieran dispuestos á lanzarse unos contra otros y vociferaban cual si de su salvación se tratara.

El centurión Rufilo, que se había aproximado á la litera, dió á la joven algunas explicaciones en tono tranquilo y grave, mientras de la ciudad seguían saliendo precipitadamente nuevas oleadas humanas.

Allí había habitantes acomodados de Jerusalén que se mantenían apartados de la turba de los arrabales; aldeanos acompañados de sus familias á quie-

nes atrajera la proximidad de las fiestas; labradores, con las alforjas á la espalda; pastores de aspecto bonachón y turbado, vestidos con pieles de cabra.

Las mujeres se confundían con los hombres; pero como las vecinas de holgada posición no eran aficionadas á salir de la ciudad, lo que más abundaban allí eran las labriegas y las cortesanas, vestidas con telas de colores chillones, con los cabellos, cejas y uñas teñidos, haciendo ostentación de su riqueza y esparciendo en torno suyo el olor perfumado del nardo.

Finalmente apareció el Sanhedrín, en medio del cual iban Hanaan, viejo de perfil de buitre y de rojos párpados, y el obeso Caifás, cubierta la cabeza con la mitra de dos cuernos y adornado el pecho con la dorada tabla. Seguíanles los diferentes órdenes de fariseos: los que *arrastran los pies* y tropiezan intencionadamente con obstáculos; los que se *ensangrientan* voluntariamente y se dan de cabezadas contra las paredes; los que andan *encorvados*, como dispuestos á llevar sobre sus espaldas los pecados de todo el pueblo. Su sombrío aire de importancia y el frío furor pintado en sus rostros les distinguían marcadamente del bullicioso populacho.

Cinna contemplaba á todos los que pasaban con el desprecio del hombre perteneciente á la nación soberana; Antea les miraba con asombro y con temor. En Alejandría había muchos hebreos, pero allí parecían semigriegos, al paso que aquí los veía por vez primera tales como se los había descrito el procurador.

El juvenil semblante de Antea, en el que la muerte había impreso ya su sello, y su persona, que más bien parecía una sombra que un ser viviente, atraían la atención general: la multitud la examinaba con toda la insistencia que permitían los soldados á quienes se confiara la custodia de la litera, y hasta en esa curiosidad se manifestaba el odio y el desprecio á los extranjeros, pues



Sepelio de Jesucristo

ninguna cara expresaba el menor sentimiento de piedad hacia la pobre enferma, y antes bien los ojos irritados manifestaban cierta alegría ante la idea de que la víctima no podría evitar el desenlace fatal.

Entonces comprendió Antea por qué aquellas gentes exigían la crucifixión del profeta que predicaba el Amor.

Y de pronto el Nazareno le pareció un ser afín á ella, casi por ella amado.

Él había de morir; también debía morir ella. La sentencia estaba dictada; nada podía salvarle á Él; también sobre ella pesaba una sentencia. Y le parecía que los dos estaban unidos por una especie de fraternidad en la desgracia y en la muerte.

Pero así como Él iba hacia la cruz con la fe en un mañana póstumo, ella no sentía esa fe, y había acudido á su lado para buscar en Él la esperanza.

En el entretanto, el lejano tumulto aumentaba. De pronto se oyó un silbido al que siguió un alarido, y luego todas las voces cesaron.

Oyóse el ruido de las armas y de los pesados pasos de los legionarios; la multitud retrocedió apartándose, y la escolta que conducía á los condenados llegó al sitio en donde estaba la litera. Delante, á los lados y detrás marchaban los soldados con paso cadencioso; en el centro distinguíanse tres cruces que parecían moverse solas en el vacío, tan encorvados bajo su peso iban los hombres que las llevaban.

Fácil era adivinar que entre aquellos tres hombres no estaba el Nazareno; en los semblantes de los dos condenados veíanse las huellas del vicio y del

crimen; el tercero era un aldeano de cierta edad que sin duda llevaba la cruz por otro.

Detrás de ellos venía Jesús de Nazareth entre dos guardias: llevaba un manto de púrpura encima de su túnica, y de su frente, ceñida con una corona de espinas, manaba sangre. Las gotitas rojas rodaban lentamente por su cara y algunas se coagulaban en su frente, como bayas de agavanzo ó corales de un rosario.

Estaba pálido y avanzaba lentamente con paso débil é inseguro.

Insensible á las burlas del populacho, parecía como sumido en un ensueño que traspasaba los límites del mundo visible, como desprendido de la tierra y sordo á los clamores de odio, con un aire de perdón que superaba al perdón humano y de conmiseración que superaba á la humana piedad, rodeado ya de una aureola del infinito, muy por encima de los males de la tierra, dulce y sufriendo el gran sufrimiento de todo el universo.

— ¡Tú eres Verdad!, murmuraron los temblorosos labios de Antea.

La comitiva estaba en aquel momento muy cerca de la litera y se había detenido un momento para dejar que los soldados que iban al frente se abrieran paso á viva fuerza.

Antea veía al Nazareno á pocos pasos de ella; veía cómo la brisa jugueteaba con sus cabellos; veía cómo los rojizos reflejos de su manto se posaban sobre su rostro pálido y diáfano.

La muchedumbre que se precipitaba hacia Él formó un círculo estrecho en torno de los soldados, quienes hubieron de armar sus arcos para proteger al condenado contra el furor del pueblo. Por todas partes se alzaban puños crispados y se veían ojos que se salían de sus órbitas, dientes relucientes, barbas en desorden, labios que arrojaban espuma y escupían maldiciones.

El Nazareno miró á su alrededor como preguntando: «¿Qué os he hecho?» Después alzó los ojos al cielo y oró.

— ¡Antea, Antea!, exclamó Cinna.

Pero Antea no pareció oír aquel llamamiento. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y olvidando su mal y que hacía largo tiempo que no abandonaba su litera, se incorporó, y temblorosa, como enajenada de piedad, de conmiseración y también de indignación contra aquel populacho delirante, púsose á arrancar los jacintos y las flores de manzano y á arrojarlas á los pies del Nazareno.

Entonces cesaron todos los rumores y la masa humana quedó sobrecogida al ver á aquella noble romana que rendía tributo al condenado.

Éste posó su mirada sobre el semblante pálido enfermizo de la joven y sus labios se movieron cual si murmurasen una bendición.

Antea se dejó caer de nuevo sobre las almohadas de su litera, y sintiéndose invadida por un torrente de luz, de bondad, de esperanza y de dicha, repitió:

— ¡Tú eres Verdad!

Y luego volvieron á brotar de sus ojos las lágrimas.

El condenado había pasado y fué conducido al sitio en donde, en una excavación de la roca, alzábanse los tres montantes que habían de sostener las cruces. La multitud le ocultó por un instante á la vista de Antea; pero como el lugar del suplicio era más alto, muy pronto pudo la joven volver á contemplar su rostro pálido y su corona de espinas.

Los legionarios hubieron de recurrir nuevamente á sus bastones para hacer apartar á conveniente distancia al populacho que estorbaba los preparativos de la ejecución. Los dos ladrones fueron izados á las cruces laterales; en la punta de la del centro había clavada una tablita blanca cuyas estremidades agitaba el viento que se había levantado.

Cuando los soldados se acercaron al Nazareno y le quitaron las vestiduras, los espectadores prorrumpieron en gritos:

— ¡Rey, rey, no consentas que te toquen, rey! ¿Dónde están tus legiones? ¡Defiéndete!

A estos alaridos se mezclaron algunas carcajadas; parecía como que una befa formidable sacudía todo el terraplén pedregoso.

El condenado, en tanto, fué tendido en el suelo para clavarle las manos en el travesaño con el cual le levantarían á fin de izarlo á lo alto del madero.

En aquel instante, un hombre situado no lejos de la litera y vestido con una túnica blanca, cubrióse la cabeza de ceniza y exclamó con voz potente y desesperada:

— ¡Yo padecía de lepra y me curó! ¿Y es á Él á quien crucifican?

Antea se puso intensamente pálida y exclamó:

— ¡Le curó!... ¿Lo oyes, Cayo?

— ¿Quieres que nos volvamos á casa?

— No, quiero quedarme aquí.

Una desesperación inconmensurable, salvaje, se apoderó de Cinna ante la idea de que no había recurrido al Nazareno para curar á su esposa.

Pero en aquel momento los soldados aplicaron los clavos á las manos de los condenados y se pusieron á hundirlos á martillazos. Oyóse entonces el choque amortiguado del hierro contra el hierro, y á poco el sonido hízose más distinto cuando los clavos hubieron traspasado la carne y penetraron en la madera.

Calló de nuevo la plebe para disfrutar de las quejas que el sufrimiento debía arrancar de los labios del Nazareno; pero éste permaneció mudo, y en el terraplén sólo se oyeron los siniestros martillazos.

Por fin, cuando el trabajo estuvo concluido, el cuerpo de Jesús fué levantado junto con el madero; entonces el centurión con voz cantante y monótona dió algunas órdenes, y uno de los soldados púsose á clavar los pies del reo.

Las nubes que desde la mañana se iban acumulando, habían acabado por tapar el sol; extinguióse el reflejo deslumbrador que despedían las lejanas colinas y los peñascos; disminuyó la luz, y una sombra siniestra de un tinte rojo cobrizo envolvió todo el paisaje y se fué haciendo cada vez más espesa, á medida que el sol se hundía en el fondo de los nubarrones.

Parecía como que alguien desde lo alto sembrara asfixiantes tinieblas; sopló una ráfaga abrasante, luego otra y después calmóse el aire y la atmósfera se hizo pesada, de una pesadez insoportable.

De pronto los rojizos resplandores ennegreciéronse á su vez: las nubes, sombrías como la noche, descendieron en masas enormes encima del pueblo y del terraplén. La tempestad estaba cerca; todo respiraba ansiedad.

— Vámonos, dijo Cinna.

— Quiero verle todavía, respondió Antea.

La penumbra velaba los cuerpos suspendidos de las cruces, por lo que Cinna dió orden de que transportasen la litera más cerca del calvario.

El cuerpo del Crucificado se destacaba sobre el leño, y en medio de la obscuridad ambiente aparecía como formado por rayos de luna. Una respiración jadeante levantaba su pecho, pero su cabeza y sus ojos seguían fijos siempre en el cielo.

Del fondo de las nubes salió un sordo fragor y el trueno retumbó con crepitación ensordecedora desde Oriente á Occidente; luego se amortiguó cual si cayera en un precipicio sin fondo, fué disminuyendo y volvió después á rugir con fuerza, hasta que por último estalló en una explosión que conmovió hasta las entrañas de la tierra.

En seguida un formidable relámpago azul rasgó la nube é iluminó violentamente el cielo, la tierra, las cruces, las armaduras de los guerreros y la multitud que se apiñaba despavorida y llena de miedo como un rebaño de carneros.

Al rayo sucedió una obscuridad aún más profunda que la que reinaba antes.

Junto á la litera oíanse los sollozos de las mujeres situadas al pie de la cruz, y aquel llanto, en medio del universal silencio, producía una impresión hondísima.

Los que habían ido juntos y se habían separado llamábanse unos á otros, y de cuando en cuando se oían voces inquietas que gritaban:

— ¿Habrán crucificado á un Justo? ¡Oyah!

— ¡Oyah! ¡El predicaba la verdad!

— ¡El resucitaba á los muertos! ¡Oyah!

— ¡Ay de ti, Jerusalén!, aulló uno.

— ¡La tierra tiembla!, gritó otro.

Y las profundidades de las nubes vomitaron un nuevo torrente de rayos parecidos á gigantescas siluetas de fuego. Las voces callaron ó, mejor dicho, se perdieron en el fragor del huracán que se desencadenó con inaudita furia, arrancando á los hombres sus vestiduras para esparcirlas por la llanura.

— ¡La tierra tiembla!, gritaron algunos.

Y unos huyeron, mientras otros, inmovilizados por el miedo, permanecieron petrificados, sin acertar á pensar y únicamente con un vago sentimiento de que acaba de consumarse algo terrible.

Después, las tinieblas comenzaron á aclararse; el viento barrió las nubes, las estiró, las juntó, para desgarrarlas de nuevo como trapos viejos; aumentó la claridad y al fin entreabrióse el obscuro velo y por aquel desgarrón precipitóse una ola de rayos solares. Todo se iluminó: el calvario, las cruces, los semblantes aterrorizados.

El Nazareno tenía la cabeza doblada sobre el pecho; estaba pálido como la cera, tenía los ojos abiertos y los labios lívidos.

— ¡Muerto!, murmuró Antea.

— ¡Muerto!, repitió Cinna.

En aquel momento el centurión clavó la punta de su lanza en el costado del ajusticiado.

¡Cosa extraña! La plebe, al ver de nuevo el sol y á aquel muerto, pareció tranquilizarse y se acercó más al lugar del suplicio sin que los soldados la rechazaran.

— ¡Desciende de la cruz! ¡Desciende de la cruz!, gritaron algunos en son de mofa.

Antea contempló todavía aquella hermosa cabeza inclinada, y dijo en voz baja, como si hablara consigo misma:

— ¿Será cierto que resucitará?

Veía sus ojos y sus labios cubiertos de azuladas manchas, sus brazos rígidos é inertes, su cuerpo inmóvil y desplomado, y sin embargo el tono de su voz revelaba una desesperada duda.

La misma duda atormentaba el alma de Cinna. Tampoco él creía en la resurrección del Nazareno; pero estaba seguro de que, en vida, sólo Él habría podido, con su poder bueno ó malo, curar á Antea.

En el entretanto, la muchedumbre seguía aumentando en torno de la cruz, y varias voces, cada vez más burlonas, repetían:

— ¡Desciende de la cruz! ¡Desciende de la cruz!

— ¡Desciende!, exclamó Cinna desesperado y desde el fondo del corazón. ¡Cúrala y tuya es mi alma!

El cielo se despejó. La niebla envolvía aún los montes, pero por encima del Gólgota y de la ciudad no se cernía ya ni una sola nube.

La torre Antonia, herida por los rayos solares, brillaba como otro sol, y en el aire refrescado revoloteaban centenares de golondrinas.

Cinna indicó que era preciso retirarse.

Hacía mucho que había pasado el mediodía. Cuando se aproximaba á su casa, dijo Antea:

— Hoy no ha venido Hecate.

Lo mismo había pensado Cinna.

IX

Tampoco al día siguiente reapareció la visión.

La enferma sentíase muy animada porque Timón, muy inquieto por la salud de Antea y alarmado por una carta de Cinna, había salido apresuradamente de Alejandría y llegado á Cesarea para ver por última vez á su única hija.

La esperanza comenzaba á llamar al corazón de Cinna y pedía que la dejaran entrar; pero Cinna no se atrevía á abrirle del todo la puerta, no se atrevía á esperar.

En Alejandría y en el desierto había habido ya intervalos de esos entre las visiones que mataban á Antea, pero aquellos intervalos habían sido de un día, nunca de dos.

Cinna atribuía, pues, el actual alivio á la llegada de Timón y á la impresión que en Antea produjera el suplicio, impresión tan profunda que la joven no podía hablar de otra cosa, ni aun á su mismo padre.

Éste escuchaba atento, sin replicar, y reflexionaba preguntando con cuidado acerca de la doctrina del Nazareno, respecto de la cual Antea no sabía sino lo que le había dicho el procurador.

De todos modos, sentíase mejor, más fuerte y un rayo de esperanza brilló en sus ojos cuando hubo transcurrido sin incidentes la hora meridiana. En varias ocasiones calificó aquel día de venturoso y pidió á su marido que lo anotara.

El día, no obstante, era triste y sombrío: de las nubes bajas y monótonas caía una lluvia, primero abundante, después fina, penetrante, fría.

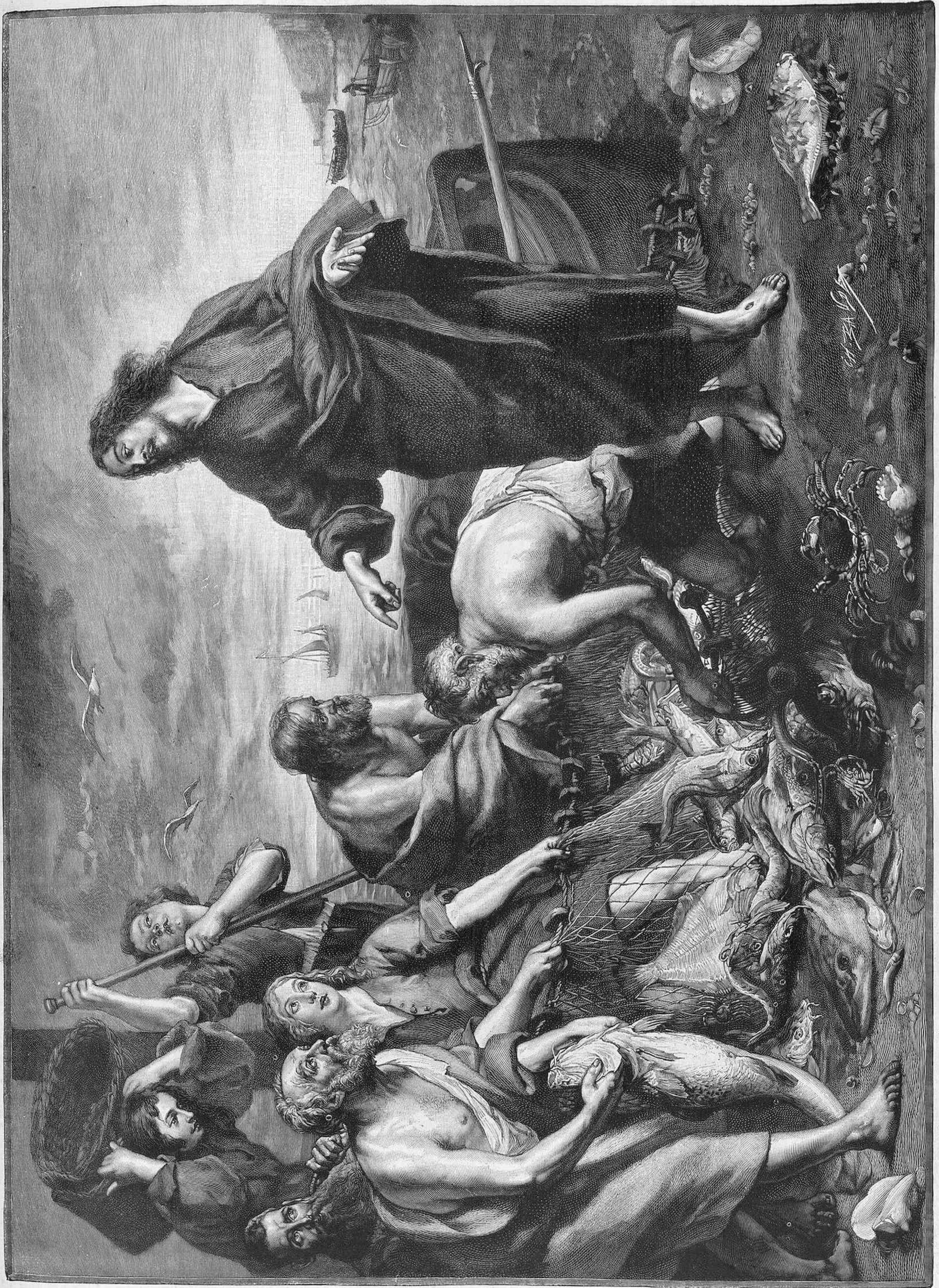
Sólo á la caída de la tarde el cielo se despejó y el gran disco solar tiñó de púrpura y oro las nubes, las rocas grises del desierto, el mármol blanco de los pórticos de las quintas, para luego sumergirse, á lo lejos, en los abismos del Mediterráneo.

Al día siguiente, en cambio, el tiempo mostróse espléndido: todo indicaba que el día sería caluroso, pero la mañana estaba fresca, el cielo sin la más pequeña nube y la tierra de tal manera inundada por el brillo del azul firmamento que todos los objetos aparecían con un tinte azulado.

Antea se hizo conducir á su pistachero favorito que dominaba toda la colina, para gozar desde allí de la vista del radiante paisaje y del horizonte azul.

Cinna y Timón, que sin apartarse de la litera espían el menor cambio en el semblante de la enferma, observaron en ella una vaga inquietud, pero no aquel terror mortal que de ella solía apoderarse cuando mediodía se acercaba. En aquel momento sus ojos eran más límpidos y en sus mejillas aparecía un tinte sonrosado.

Cinna ya se atrevía á esperar por instantes que su esposa se curaría; y ante esta idea, ora le entraban ganas de arrojarle al suelo, de dejar que sus lágrimas de alegría se desbordaran libremente y de dar



LA PESCA MILAGROSA, cuadro de Crayer

gracias á los dioses, ora su corazón se oprimía nuevamente al pensar que tal vez aquello no era más que el último resplandor de una lámpara próxima á extinguirse.

Queriendo á toda costa fortalecer su esperanza, fijaba á veces sus ojos en Timón; pero éste debía, sin duda, pensar lo mismo que Cinna, porque procuraba evitar su mirada.

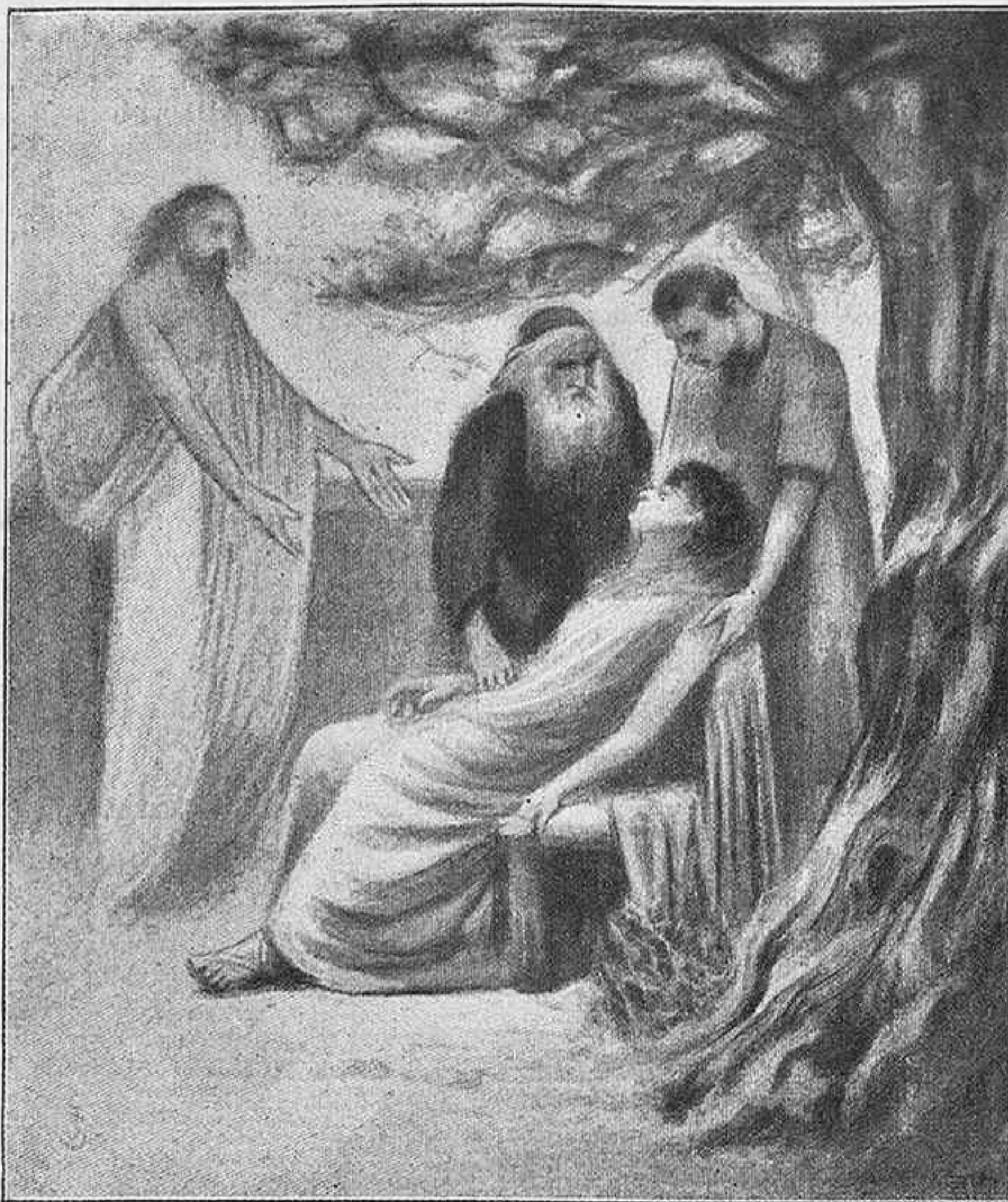
Nadie hizo la menor alusión á la proximidad del mediodía; pero Cinna, que no dejaba de seguir la progresión de la sombra, sintió palpar su corazón cuando vió que ésta se iba acortando.

Y así permanecieron, sumidos en una especie de ensueño: la menos inquieta, al parecer, era Antea.

Tendida sobre la litera descubierta, con la cabeza apoyada en una almohada de púrpura, aspiraba con delicia las frescas emanaciones que la brisa traía de Occidente, del lado del mar.

Pero hacia el mediodía la brisa disminuyó en tanto que el calor aumentaba. Los grupos de nardos, calentados por el sol, exhalaban embriagador perfume; por encima de unas anémonas revoloteaban mariposas de hermosos colores, y algunos pequeños lagartos, acostumbrados ya á aquella litera y á aquellas personas, salían sin temor de sus guaridas, pero siempre en acecho. Toda la tierra descansaba bajo la acción de la luz y del calor, y sobre ella extendíase serena la bóveda del azulado firmamento.

Timón y Cinna parecían también abismados en aquella paz inmensa. La enferma, como si el sueño la invadiera, cerró los párpados y sólo turbó el silencio un suspiro profundo escapado de su pecho.



Tendida sobre la litera descubierta, con la cabeza apoyada en una almohada de púrpura, aspiraba con delicia las frescas emanaciones que la brisa traía de Occidente, del lado del mar.

Cinna observó entonces que su sombra había perdido su forma prolongada y se detenía á sus pies.

Era mediodía.

De pronto, Antea abrió los ojos y dijo con extraño acento:

— ¡Cayo, dame la mano!

Cinna se levantó rápidamente; la sangre se había helado en sus venas: se acercaba el momento horrible de las visiones.

— ¿Ves esa luz que se acumula allá abajo, en el éter?, preguntó Antea. ¿Ves cómo tiembla, brilla y avanza hacia mí?..

— ¡Antea, no mires á ese lado!, exclamó Cinna.

Pero ¡oh milagro! El rostro de la joven no expresaba el más leve terror; sus labios se abrieron, sus ojos dilatados se fijaron en el espacio y una alegría inconmensurable inundó su semblante.

— Una columna de luz viene hacia mí, dijo. ¡Veo!.. ¡Es Él! ¡Es Jesús de Nazareth!.. Se sonríe... ¡Oh, dulce!.. ¡Oh, misericordioso!.. ¡Sus manos agujereadas se extienden sobre mí como las de una madre!.. ¡Cayo, me trae la salud y la salvación, y me llama!

— Si nos llama ¡sigámosle!, respondió Cinna palideciendo.

Una hora después, por el lado opuesto, apareció Pilatos en el pedregoso sendero que de la ciudad conducía á la quinta. En su rostro se adivinaba que traía una noticia considerada por él, á fuer de hombre razonable, como una invención del vulgo crédulo é ignorante.

Y en efecto, desde lejos y enjugándose el sudor que bañaba su frente, gritó:

— ¡Asombraos!.. ¡Esos hombres pretenden que ha resucitado!

LA TIARA DE SAITAPHARNÉS

Cuando en 1896 el Estado francés adquirió para instalarlo en el Museo del Louvre el casco de oro conocido con el nombre de tiara de Saitapharnés, varios sabios, sobre todo extranjeros, emitieron sus dudas acerca de la autenticidad de esta obra de orfebrería. Promoviéronse entonces reñidas discusiones entre el conservador del departamento de antigüedades griegas y romanas en el citado museo M. Heron de Villefosse y los Sres. Furtwaengler, conservador de los museos imperiales de Berlín, y Wiselowsky, conservador adjunto del museo imperial del Ermitage de San Petersburgo.

Estos últimos sostenían que la tiara era falsa ó cuando menos muy restaurada y en gran parte falsificada, demostrando su afirmación con argumentos arqueológicos y epigráficos; al paso que el conservador del Museo del Louvre defendía enérgicamente la adquisición del tal objeto y afirmaba la autenticidad del mismo con argumentos análogos á los empleados por sus dos colegas.

Cesó aquella polémica pasado algún tiempo; nadie volvió á preocuparse del asunto y la famosa tiara permanecía encerrada en su vitrina del museo, puesta sobre almohadones, desconocida de la mayoría de los parisienses, casi olvidada de los mismos que con interés habían seguido las antiguas controversias y apenas distinguida por una mirada de los curiosos visitantes domingueros del museo, cuando hace poco ha vuelto á surgir la tan debatida cuestión.

Cuando menos se esperaba, un artista de Montmartre, M. Mayence, más conocido por el nombre de Ellina, declaró, á propósito de una querrela por falsificación de cuadros antiguos presentada contra él, que sobre su conciencia pesaban otros muchos pecados de esta índole, y que la célebre tiara de Saitapharnés era, en gran parte, obra suya.

Como el barrio montmartrés es la tierra clásica de

las bromas y como desde sus primeras revelaciones M. Ellina había soltado algunas mentiras más que regulares, la administración de los museos nacionales franceses no hizo gran caso de sus afirmaciones, y M. Heron de Villefosse repitió en favor de la autenticidad de la tiara los mismos argumentos que en otro tiempo le habían servido para combatir las alegaciones de los Sres. Furtwaengler y Wiselowsky, viéndose ahora además apoyado por el parecer de otros sabios, entre ellos de M. Salomón Reinach, conservador del Museo de Saint-Germain.

Parecía que las cosas iban á quedar como estaban; pero de pronto prodújose una reivindicación inesperada. En una carta que se hizo pública, un joyero ruso establecido en París, M. Lifschitz, reclamó para un compatriota suyo, M. Rachumowski, la gloria de

Al día siguiente de aquella importante declaración, la tiara, que había reconquistado su popularidad y que había sido contemplada por millares de personas, fué sacada de la vitrina para ser sometida á un nuevo examen, y los tribunales entendieron en el asunto.

Ultimamente, y en tanto que M. Ellina confesaba que todo lo dicho por él era pura broma y que para nada había intervenido en la fabricación de la célebre tiara, M. Rachumowski confirmaba por telégrafo las afirmaciones de su amigo M. Lifschitz y se declaraba autor de la joya.

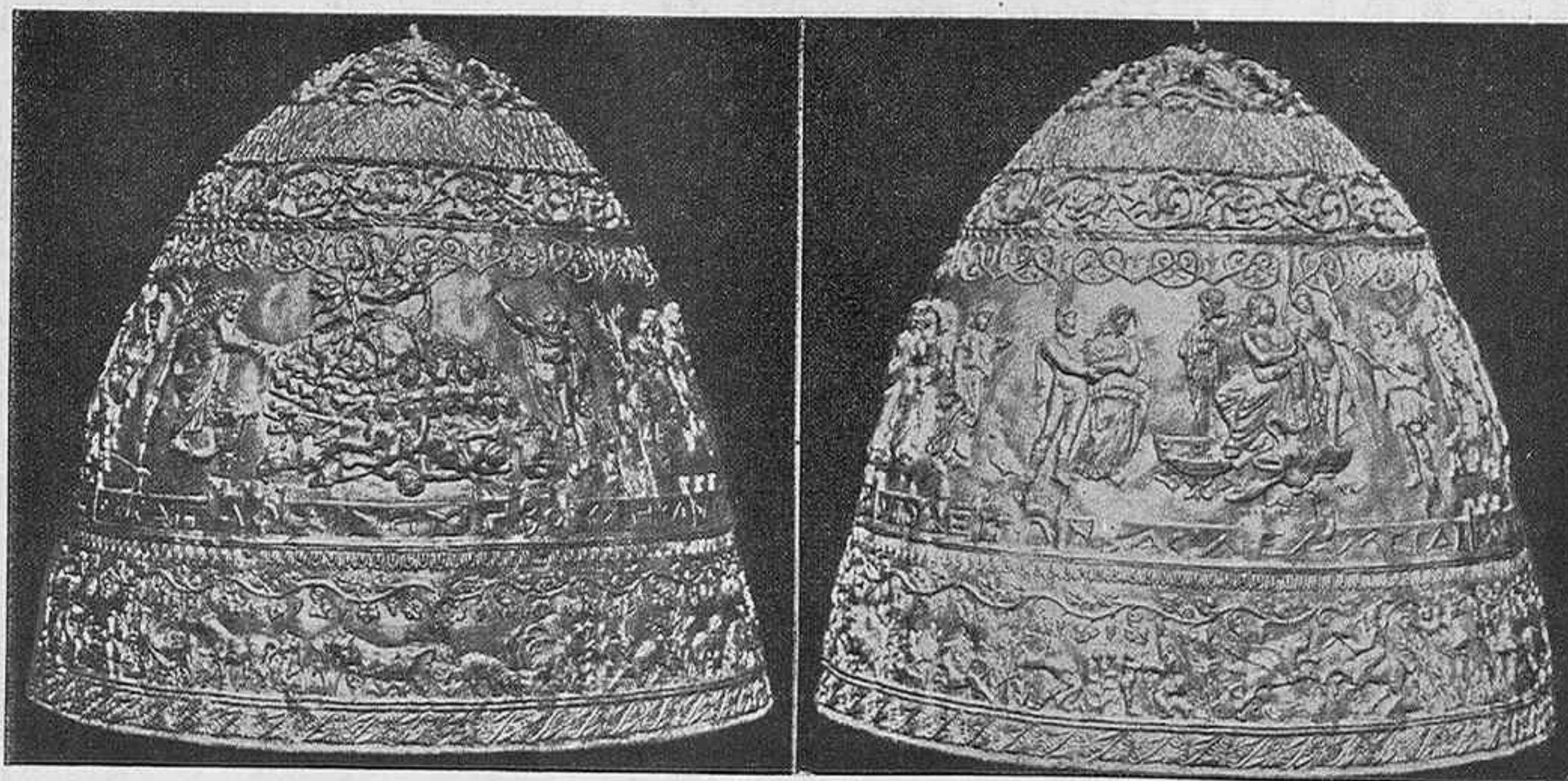
Expondremos para terminar algunos de los argumentos que en el momento de la adquisición del discutido objeto se adujeron para demostrar la falsedad del mismo. Lleva la tiara una inscripción que dice: «El senado y el pueblo de Olbia honran con esta tiara al rey grande invencible Saitapharnés:»

pues bien, esta inscripción está hecha en relieve, y según los sabios que discutieron la autenticidad, los griegos jamás hicieron sus inscripciones en relieve, sino en hueco, cuando trabajaban el oro. Los rostros de las figuras homéricas que adornan los flancos de la tiara son más propios de mujiks actuales que de antiguos helenos. Finalmente la parte inferior del casco, que representa algunas escenas de la vida de los bárbaros, hombres que cazan, que luchan, que cabalgan, no es sino la copia servil de un vaso encontrado en las excavaciones de Crimea y que figura actualmente

en las colecciones públicas de San Petersburgo.

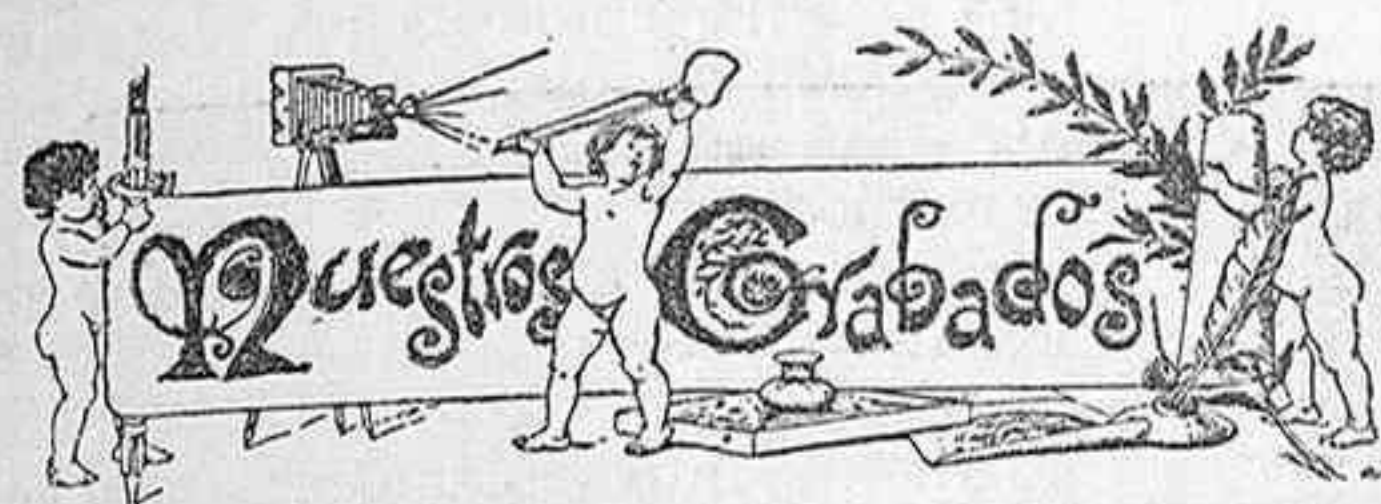
A pesar de estos razonamientos y de los hechos recientemente ocurridos, y á pesar de que M. Rachumowski se comprometió á indicar algunas señales especiales puestas expresamente por él para reconocer en cualquier tiempo su obra, no faltan todavía algunos sabios que afirman que la tiara es auténtica.

La administración del Louvre, sin embargo, ha retirado por de pronto del museo la tiara que costó la friolera de 200.000 francos. — S.



LA TIARA DE SAITAPHARNÉS, que se guardaba en el Museo del Louvre, de París, y cuya autenticidad ha sido puesta en duda recientemente.

haber ejecutado la tiara, afirmando que le había visto trabajar en ella mucho tiempo durante los años 1895 y 1896 en su taller de Odessa. M. Lifschitz daba detalles tan precisos, que era imposible no hacer caso de sus manifestaciones, tanto más cuanto que ya en 1896, en el curso de las discusiones promovidas cuando el Louvre adquirió la tiara, ya se había dicho que ésta había sido hecha en una fábrica rusa de falsas antigüedades que estaba establecida en Otchakoff ó en Odessa.



La Virgen al pie de la cruz, cuadro de Pedro Borrell.—El nombre de este pintor es uno de los más respetados entre nosotros y su personalidad ha ejercido poderosa influencia en el arte catalán moderno, no sólo con sus propias obras, sino además con sus enseñanzas. En efecto, muchos de los artistas de nuestra tierra que han alcanzado gran notoriedad han sido discípulos suyos, en su taller se educaron y a su lado aprendieron los sólidos principios que fueron base firmísima de su carrera artística. Pedro Borrell ha cultivado especialmente el retrato y el género religioso, y en uno y otro ha producido verdaderas joyas; en sus cuadros se adivina el talento del artista concienzudo que no trabaja para el vulgo, que no sacrifica sus convicciones a las veleidades de la moda, que no busca el aplauso de la caprichosa muchedumbre, sino que, puestos los ojos en miras más elevadas, cultiva el arte por el arte mismo y sigue con fe, con entusiasmo, la senda que se trazara, aceptando, sin embargo, de las modernas tendencias todo lo que tienen de realmente bueno, después de haberlo contrastado con criterio independiente y espíritu reflexivo. El lienzo suyo que hoy publicamos recuerda por su sobriedad, por la corrección de líneas y por la intensidad del sentimiento las obras de los grandes maestros de la edad de oro de la pintura religiosa y es una prueba elocuente del talento pictórico de su justamente celebrado autor.

María Magdalena, cuadro de Miguel Lamberini.—Este pintor perteneció a la escuela boloñesa y vivió desde 1426 a 1469. Discípulo de Lipo Dalmasio, se hizo especialmente célebre por una Madona que pintó al fresco en 1448 para el mercado de pescado de Bolonia y que fué más tarde trasladada a la iglesia de San Isaias. Los demás lienzos suyos que se conservan en los templos de San Pedro y Santiago el Mayor y en el museo de aquella ciudad demuestran que no era inferior a ninguno de los maestros de su tiempo. Se le designa á menudo con el nombre de Miguel di Matteo, con el que firmó un cuadro ejecutado en 1469 para el convento de los padres Carmelitas de San Martín de Bolonia, y que fué tal vez su última obra. Su *María Magdalena*, que se guarda en el museo de La Haya, figura entre sus producciones más notables y bastaría por sí sola para colocar á un artista entre los que constituyen legítimas glorias de la historia del arte.

Jesucristo en el sepulcro, cuadro de Muñoz Degrain.—No necesitamos hacer el elogio de este cuadro: cuantos visitan el magnífico templo de San Francisco el Grande de Madrid quédanse admirados ante esta obra que impresiona el ánimo por lo grandioso y sentido de la composición y que cautiva los ojos por la corrección y firmeza del dibujo y por las bellezas sin cuento del colorido. Tampoco es necesario que hagamos la biografía de su autor ni que ensalcemos su personalidad, porque bien conocido es su nombre en España y en el extranjero, reputándosele con razón como uno de los primeros pintores españoles contemporáneos. Sólo diremos que nació en Valencia en 1843, á la edad de quince años ganaba una medalla en la exposición celebrada en aquella capital y que desde entonces su carrera ha sido una continuada serie de triunfos, habiendo obtenido en las principales exposiciones cinco medallas de oro, gran número de plata y multitud de otras distinciones honoríficas. Sus obras figuran en el Museo del Prado y en los de las más importantes capitales de provincia, en el Senado, en el Ministerio de Estado y en los palacios de las más ilustres familias de la aristocracia. Muñoz Degrain ha cultivado con el mismo éxito todos los géneros pictóricos, desde el paisaje al retrato, desde el religioso al histórico y al cuadro de costumbres, pudiendo citarse entre sus obras más notables *Otelo y Desdémona*, *La conversión de Recaredo*, *Los amantes de Teruel*, *Los Gaitanes*, *La oración*, *El examen*, *Isabel la Católica cediendo sus joyas para la empresa de Colón*. Desde 1899 es miembro de la Academia de San Fernando.

La pesca milagrosa, cuadro de Crayer.—Nació este pintor en Amberes en 1585, pero desde muy niño se trasladó á Bruselas con su padre, que era tratante de cuadros y maestro de escuela, y allí hizo sus estudios en el taller de Miguel van Coxie, entrando en 1607 en la corporación de pintores de aquella ciudad. Gracias á la protección de Jacobo Boonen, obispo de Malinas, hizo grandes progresos en la pintura religiosa, á la que se dedicó casi exclusivamente, ejecutando numerosas obras para los templos de Courtrai, Amberes, Gante, Lovaina y Vilvorde y para las más ricas abadías. Fué pintor de cámara del gobernador de Flandes, el archiduque Fernando, hermano de Felipe IV; pero al cabo de algún tiempo abandonó aquella corte y se retiró á Gante, en donde fué acogido con gran entusiasmo. Crayer se hallaba entonces en el apogeo de su talento, y para mayor suerte suya acababan de morir Rubens y Van Dyck, lo que hizo que sobre él llovieran los encargos. Sus composiciones de aquella época tienen una belleza incomparable, sobresaliendo entre todas ellas el cuadro llamado el exvoto de Bruselas, que representa al caballero Donglebert y á su esposa en adoración ante el cadáver de Jesucristo. Muy célebre es también *La pesca milagrosa*, lienzo en el que se admiran las mejores cualidades de la escuela flamenca.

Cristo muerto, cuadro de J. J. Henner.—En esta hermosa figura del Salvador muerto se nos muestra en toda la plenitud de su genio el ilustre artista francés que en 1888 obtuvo la medalla de honor en el Salón de París y á quien un poeta no menos ilustre ha calificado de «buscador de formas inmortales y autor de síntesis sublimes.» La sensación que la vista del cuadro produce es de las que difícilmente se borran; en aquel cuerpo yacente se ha extinguido la vida; en aquel rostro ha impreso la muerte su sello inconfundible y la misma naturaleza envuelta en tinieblas parece presa de mortal desquiciamiento, como si quisiera solemnizar de una manera terrorífica, pero sublime, el hecho más grande que han de registrar los anales de la humanidad.

Teatros. — París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Mugnette*, ópera cómica en cuatro actos, poema de Miguel Carré y Jorge Hartmann, música de Edmundo Missa; en el Odeón *La Rabouillense*, comedia en cuatro actos de Emilio Fabre, tomada de la novela de Balzac *Un menage de garçon*; en la Comedia Francesa *Sans lui*, comedia en un acto de Marcel Girette; y en el Teatro de los Poetas *La peur d'aimer*, comedia en un acto y en verso de Gustavo Frejaville, é *Imperia*, drama en cuatro actos y en verso de M. J. Valmy-Baysse.

Barcelona.—En Novedades la excelente compañía dirigida por el ilustre actor Sr. Zacconi ha estrenado con buen éxito la tragedia en cuatro actos de A. Oriani *L'invincible ó Amleto moderno*. En la «Asociación Wagneriana» ha dado un interesante concierto de carácter histórico la notable pianista Srta. D.^a Carlota Campins, discípula del maestro Vidiella, habiendo ejecutado escogidas piezas de Couperin, Rameau, Bach, Handel, Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Chopin y Schumann, que tocó con verdadera maestría y que le valieron entusiastas aplausos. En Novedades y en el Principal ha dado dos conciertos el famoso cuarteto tcheque, ejecutando obras de Schumann, Beethoven, Smetana, Schubert y Dvorak: cuanto se diga en elogio de estos artistas, de su irreprochable interpretación de cada autor, de su ajuste, de su ejecución brillante, es poco; el público les tributó grandes ovaciones, reconociendo que difícilmente pueden reunirse en admirable conjunto cuatro individualidades tan notables como las que componen el cuarteto. La empresa del Liceo ha publicado la lista de los artistas que actuarán en este teatro durante la temporada de primavera: en ella figuran como directores los maestros Colonne y Conti; las sopranos absolutas señoras Carrera, Giudicci y Pandolfini; la soprano ligera Srta. Lopeteghi; las mezzo sopranos Sras. Borlinetto y Mazucchi; los tenores Sres. Biel, Vaccari y Zeni; los barítonos Sres. Angelini, Blanchart, Giordani y Mentasti, y los bajos Sres. Perelló y Rossato. Durante la temporada se estrenará la ópera de Cilea *Adriana Lecouvreur* y se cantarán entre otras *Der Freyschutz*, *Tristán é Isolda*, *L' Africana* y *La Boheme*.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉQUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165.
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las Personas que conocen las

PILDORAS DE DEHAUT

DEL DOCTOR DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA CATARRO - ASMA - OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

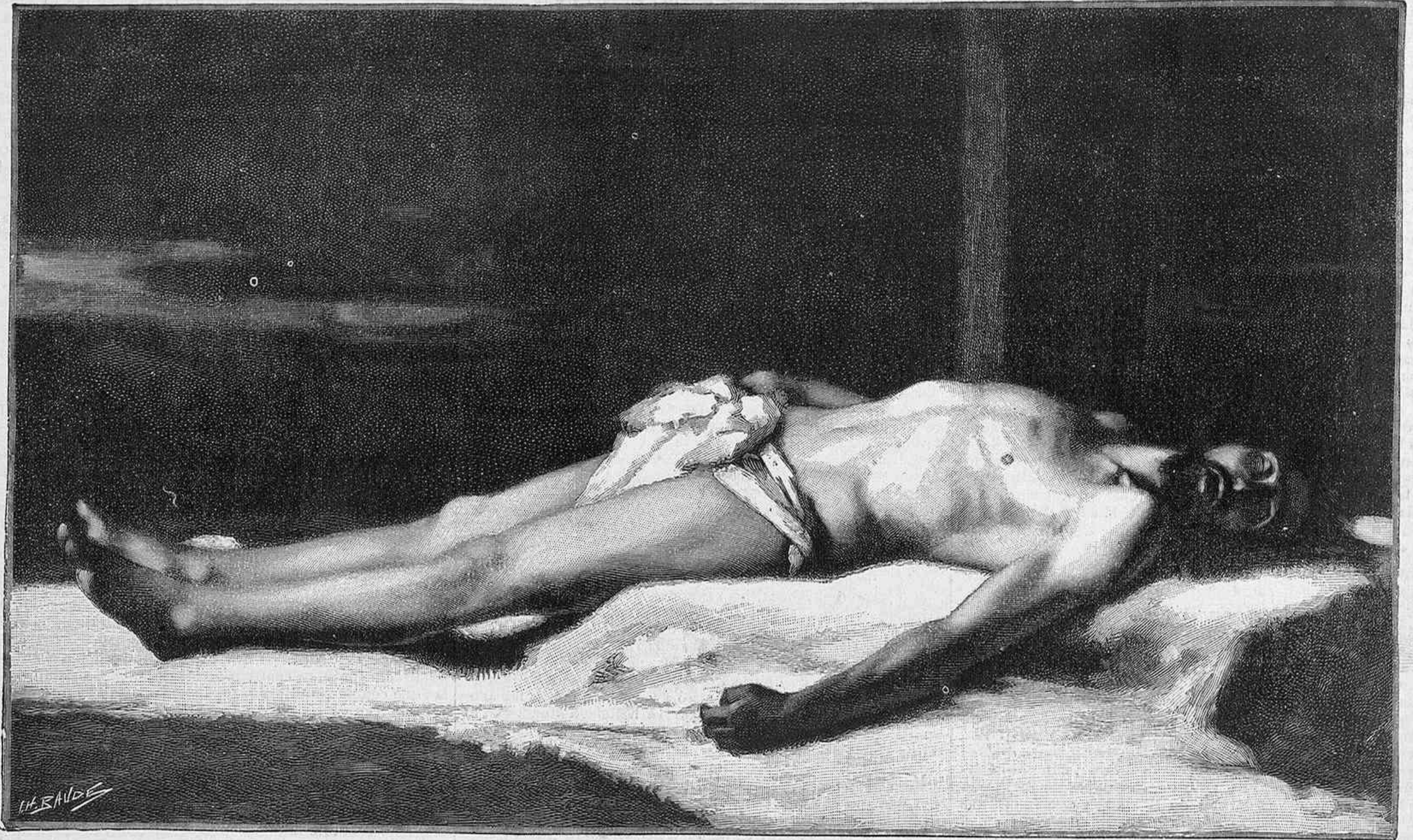
Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLYORE DUSSEY**, 4, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Cristo muerto, cuadro de J. J. Henner

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 73, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5fr.
PUREZA DEL CUTIS en París
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Lèche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co. B^o St-Denis, 26

HARINA LACTEADA
 Alimento completo
NESTLE para
NIÑOS y ANCIANOS.
 Contiene la Leche pura de Suiza.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc.. 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN